



*Lo Esencial del Periodismo*  
*Ayer, Hoy y Mañana.*  
Juan Pablo Cárdenas Squella

Ediciones Radio Universidad de Chile  
Miguel Claro 509, Providencia - Fono 977 15 76  
[www.radio.uchile.cl/editorial](http://www.radio.uchile.cl/editorial)

Santiago de Chile, septiembre de 2008

Coordinación: Magdalena Vío V.

Diseño portada y diagramación: [graficAnimada.cl](http://graficAnimada.cl)

ISBN: 978-956-332-495-2  
Registro de Propiedad Intelectual: 189156  
Prohibida la reproducción total o parcial  
Código de barra : 9789563324952

Impreso en LOM

# **LO ESENCIAL EN EL PERIODISMO Ayer, Hoy y Mañana**

**Juan Pablo Cárdenas Squella**





*“El periodismo requiere una voluntad de testigo acucioso,  
incorruptible, apasionado por la verdad.  
No es un simple medio de vida,  
es una manera de mirar la vida”*

**Tomás Eloy Martínez**



# Índice

<b>PRÓLOGO</b>	9
<b>ACONTECIMIENTOS y NOTICIAS</b>	15
<b>UNA MISIÓN</b>	23
Objetividad, honestidad e independencia	29
Lo noticiable	32
Características de la Noticia	37
El Estilo Periodístico	40
<b>LOS GÉNEROS PERIODÍSTICOS</b>	47
El Periodismo Informativo	49
El Periodismo Interpretativo	60
El Periodismo de Opinión	67
Medios y géneros	78
<b>LA ENTREVISTA PERIODÍSTICA</b>	83
<b>LA CRÓNICA y LA CRÍTICA</b>	95
La Crítica	101
<b>EL PERIODISMO DE LOS OTROS</b>	107







# PRÓLOGO



**M**e propongo en este texto reflexionar sobre aquello que en el periodismo ha sido permanente hasta hoy y muy probablemente también lo sea en el futuro. De lo que está señalado en nuestro deber ser y por la práctica cotidiana de hacer noticias. De seguro nuestra actividad se remonta a la génesis de nuestra existencia y fue el lenguaje corporal el que primero usamos para expresarnos, como, después, la palabra. Las primeras civilizaciones no supieron de escritura ni de la imprenta y en apenas dos siglos de nuestra historia se desarrolló la radio, la televisión y el internet, por referirnos sólo a algunos medios de comunicación masivos. Esto es, los que se dirigen simultáneamente a cientos, miles o millones de personas y en los cuales nos desempeñamos.

La comunicación social existía antes que los periodistas y éstos antes que surgieran las escuelas de periodismo o que esta actividad fuera acogida como disciplina universitaria. Mucho antes de recibir una licencia de comunicadores sociales o el rompefilas del carnet profesional, hubo quienes fundaron diarios y revistas para alcanzar al mayor número posible de personas que supieran leer, los que hasta hace menos de un siglo eran minoría. Lo mismo ocurrió con los médicos, los arquitectos y los filósofos, quienes deben reconocer que parte importante de su acervo se lo deben a los curanderos, sofistas y otros, cuyas denominaciones hoy están menoscabadas,

*pero que nos legaron grandes obras y soluciones en beneficio de nuestro progreso.*

*Ayer no más se escribía con plumas de aves. Luego, vinieron los bolígrafos y la aparición de la máquina de escribir fue un enorme acontecimiento. Hoy, guardamos con respeto, pero con poca nostalgia aquellas vetustas máquinas, luego de adiestrarnos en el computador y sus magníficos procesadores de palabras.*

*Las radios fueron el mágico tesoro de nuestros padres y los estremeció tanto el invento como, poco más tarde, el televisor a los de nuestra generación. Ni qué hablar de los medios de transporte y la telefonía que han acortado tanto nuestras distancias, como que en los siglos recién precedentes parecía un recorrido estelar desplazarse de un continente a otro.*

*Los periodistas del pasado fueron verdaderos coleccionistas de recortes de diarios, fotografías y grabaciones que hoy están a tiro de internet. Bastan unos cuantos “clics” para enterarnos de los acontecimientos universales, como de la historia de los más distintos países y naciones. De poco sirve hoy coleccionar papeles y muy próximamente es posible que las bibliotecas resulten una rareza cuando tengamos a toda la literatura en versión digital como en el ciberespacio. Sin embargo, hay unas cuantas cosas que no cambian ni cambiarán en nuestro noble oficio de servir a la comunicación entre los habitantes de nuestro planeta Tierra, pero que en un futuro no tan distante pudiera incluso dejar de ser nuestro único albergue. Cuando comunicamos tenemos objetivos, definimos intenciones y provocamos efectos tan similares o idénticos a los de aquellos periodistas que todavía no definían siquiera el nombre de su actividad. Con el correr de los años hemos adoptado un estilo y vamos adiestrándonos en nuevas y colosales tecnologías, pero sin perder el sentido de nuestra misión.*

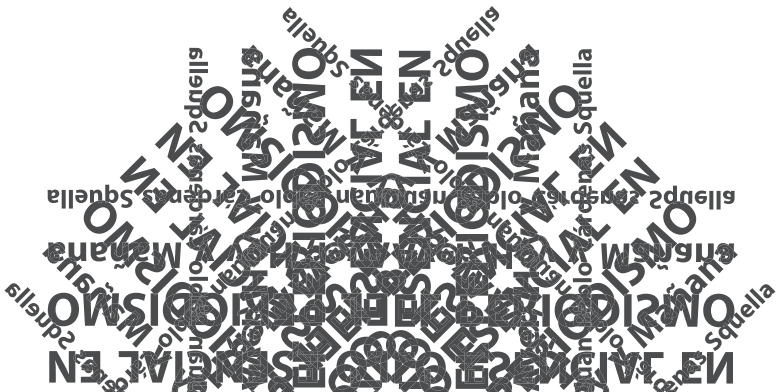
*Aunque en la práctica, muchos medios ignoren su responsabilidad social y existan comunicadores indolentes que ni siquiera se buscaron el mejor oficio para ganar un cómodo sustento.*

*Me he concentrado, digo, en aquello que encuentro esencial y que parece inmutable en el periodismo, aunque ya con tan acelerado progreso no podemos tener certeza alguna. Escribo, sobre todo, desde mi experiencia pero inspirado en la enseñanza y el ejemplo de los maestros del periodismo. Derivo a este libro aquello que transmito en mis clases a los futuros comunicadores y, por supuesto, recurro muchas veces a las definiciones y conceptos que he tomado de muchos textos de periodismo. Alguno de los cuales cito y otros omito en la imposibilidad de reconstruir una adecuada memoria bibliográfica.*

*Algunos piensan que el periodismo es una forma de ser. Así lo aseguraba Tomás Eloy Martínez en la cita que antecede esta presentación. Una forma de ser que nos exige ser libres y libertarios. Con nosotros mismos y en favor de todos, cuanto ineludiblemente enemigos de cada uno de los liberticidas. Soy de los que cree que la guerra y la inequidad entre los seres humanos y las naciones son las peores fatalidades de nuestra stirpe. Pero al mismo tiempo pienso que la censura y todas las formas de dogmatismo y abyección son las que más retrasan nuestro destino y provocan tales hecatombes sociales.*



# ACONTECIMIENTOS y NOTICIAS







Como todas las actividades humanas, el ejercicio del periodismo evoluciona constantemente. Cuando se fundaron los primeros periódicos no se vislumbraba la irrupción de la radio ni la televisión. Menos, todavía, del internet. En los últimos cien años, los periodistas han debido adecuarse a las exigencias del periodismo escrito y a los desafíos de la comunicación audiovisual, culminando hoy en la práctica de la multimedia, que integra la palabra, las imágenes y el sonido en la difusión de la noticia, su interpretación y la opiniones que nos merecen los acontecimientos cada vez más vertiginosos y universalizados. Los reporteros comparten oficio con los nuevos técnicos y profesionales de la comunicación social y ya no parece posible esa estratificación que existía en las redacciones de antaño y separaba tajantemente a los periodistas de los reporteros gráficos, tipógrafos, diseñadores, correctores de estilo y equipos de administración.

Trabajar hoy en un diario, una emisora de radio o de televisión supone corrientemente hacerlo también en un sitio web, en una versión electrónica que integre todo los medios desarrollados por la ciencia y la tecnología. En efecto, entre nuestros cinco sentidos, sólo el olfato y el gusto siguen ausentes de las

versiones mediáticas, aunque desde siempre se asume que, en el ejercicio del buen periodismo, la nariz y el sabor son atributos fundamentales en nuestras crónicas, como que se dice que este oficio es hermano o primo hermano de la literatura.

Como nos señalan con distintas palabras y énfasis los teóricos de nuestra disciplina, **el periodismo es la difusión constante de acontecimientos que acaban de producirse, conocerse o que sucederán en un futuro más o menos próximo, a través de un medio de comunicación y a un público masivo o especializado.** Ello nos diferencia de los historiadores y nos radica en la cotidianeidad. Nos marca distancia, también, de los predicadores y todos los que dedican su vida al proselitismo o a predecir el futuro, aunque muchas veces también nos proponemos convencer a nuestros destinatarios y a cada rato se nos requiera advertir las consecuencias de en tal o cual situación.

Los **hechos** ocurren constantemente. Sin embargo, lo primero que debemos aprender los periodistas es a distinguir entre éstos y los **acontecimientos**. Es decir entre aquellas cosas que suceden corrientemente y lo que de alguna forma provoca o provocará un impacto social. Como siempre ejemplificamos en nuestras clases, no da lo mismo que cualquier persona tropiece y caiga en la calle a que este accidente tan común le suceda a un jefe de estado. O, como tantas veces se repite: hay una diferencia notable entre que un perro muerda a alguien a que una persona se ponga a morder perros. Ejemplo éste por lo demás que nos llevó tempranamente a la convicción de que el orden de los factores SI cambia el producto.

Tenemos, pues, hechos que observamos, pero desestimamos por su poca importancia o repercusión social. Nos quedamos, entonces, con los acontecimientos, es decir, con aquellos que son relevantes, de interés público y afectan nuestra vida local, nacional o mundial. Son, así, los acontecimientos la materia prima sobre la cual producimos **noticias** que, para convertirse en tales, deben ser, además, difundidas más allá de nuestros hogares, tertulias o salas de clases. Superar la confidencia o el rumor.

Por otro lado, la noticia no siempre da cuenta de un acontecimiento real. Todos hemos comprobado alguna vez que éstas dan cuenta de hechos o situaciones inexistentes o francamente tergiversadas. Es lo que algunos autores denominan el “**no acontecimiento periodístico**” que origina las noticias y que, por supuesto, son inaceptables desde la ética periodística. Pero también tenemos noticias erróneas que nacen de la falsedad o insolvencia de los informantes, cuanto de la ligereza y falta de rigurosidad de los comunicadores. Como, además, se producen noticias especulativas que se construyen sobre hipótesis, trascendidos o rumores y cuya difusión no entraña necesariamente una falta ética. Ya dijimos que no somos predicadores ni magos, pero el periodismo siempre es exigido a pronosticar, como a barajar escenarios posibles a partir de los acontecimientos. Es parte de nuestro quehacer y explica que muchas veces incurramos en errores que, si no tienen el ánimo de engañar, nunca debieran ser punibles. Como se nos garantiza, por lo demás, en muchas legislaciones.

La realidad es el ámbito natural del periodismo y lo cierto es que nuestro trabajo puede permitirse la ficción en dosis muy discretas. Es lo que nos diferencia de la literatura, donde los cuentos, los poemas, las novelas y otras creaciones deben aludir a historias esencialmente ficticias, aunque éstas tengan altas cuotas de realidad. A veces cuesta distinguir en las obras literarias cuánto hay de realidad y ficción en sus páginas, aunque hay que reconocer que existen periodistas con una imaginación desmedida, lo que afecta severamente su capacidad de observación y mínima ecuanimidad.

Es evidente que suceden muchas cosas que merecen ser consideradas acontecimientos y llegar a convertirse en noticias. Es precisamente lo que le reprochamos a tantos medios de comunicación que, por negligencia o “falta de oficio” no descubren situaciones relevantes. Miles de eventos que son ignorados por el periodismo, así como se difunden un sinnúmero de vulgaridades o hechos triviales que no merecen considerarse.

Muchos canales de televisión y radio se hacen especialistas en la atención que le prestan a la superficialidad, al grado de inscribirse sin remilgos en el llamado periodismo farandulero. Intimidades de artistas y deportistas que se hacen públicas con el ánimo de capturar atención en la población más inculta o ávida de entretenerse sin exigirle demasiado a su cabeza o bolsillo. Todo ello da origen a esa sórdida difusión de accidentes o incidentes que cubren buena parte de los noticiarios y revistas que lucran con la irrupción ilícita en los hogares y la vida

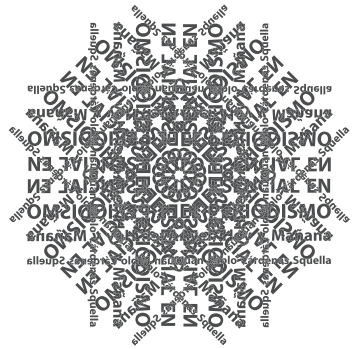
íntima de las personas. Especialmente cuando éstas son pobres o se encuentran asoladas y desvalidas.

No podemos desconocer que en este cometido no sólo existe un ánimo de lucrar. Sin duda que en ello hay también un intento de soslayar parte importante de la realidad, especialmente todo aquello que tiene que ver con la cultura y la promoción de valores edificantes. En los países menos democráticos y más rezagados educacionalmente, es propio que la prensa no atienda debidamente a aquellos acontecimientos que más marcan los cambios y el progreso de sus habitantes. Procesos electorales, descubrimientos científicos y todo lo que se relaciona con la actividad sindical y estudiantil es tantas veces intencionalmente ignorado por los medios, cuanto lo que difunden es habitualmente manipulado y estigmatizado.

En estas omisiones flagrantes lo que se persigue, además, es adormecer la conciencia popular, inhibir la acción pública y conformar a la sociedad con su presente y condición. Por ello los regímenes totalitarios y autoritarios lo primero que hacen es instalar mordaza al periodismo. Lo que de alguna forma también sucede en las democracias débiles y acotadas, donde se les reserva y garantiza a los grupos de poder el imperio y usufructo de los más grandes y poderosos medios de comunicación.



# UNA MISIÓN







Muchísimas personas que se asumen como periodistas conciben esta actividad como un derrotero profesional en el afán de servir a sus propias convicciones o intereses. No pocos estudiantes de periodismo, lo que quieren, es obtener herramientas para desempeñarse con habilidad en la publicidad o las relaciones públicas. Escribir con fluidez y hacer uso de las tecnologías asociadas a nuestro quehacer sirve mucho a la actividad que se proponen ejercer, pero éstas tienen objetivos que no son propiamente los del periodismo. Es así como existen facultades universitarias y otros centros de estudio que no incluyen de sus mallas programáticas el adiestramiento para la publicidad y las relaciones públicas, ámbitos profesionales que hoy consolidan sus propios referentes académicos.

El periodismo es una vocación, más que una profesión; un apostolado, más que un oficio. Y ello se funda en que nuestra actividad tiene por misión dilecta **servir a la tarea humana de “comprender y transformar el mundo”**. Entre todas las especies conocidas, somos la única que puede rebelarse a sus circunstancias, aunque muchos cometidos históricos resulten frustrados. Millones de criaturas que pueblan la Tierra no tienen esta magnífica posibilidad, a pesar de sus asombrosas formas

de organización e instinto. Pensemos tan sólo en las abejas y los primates para concluir que nadie más que nosotros puede escapar a los designios de su código genético, aunque también estamos muy condicionados por lo que nos viene signado naturalmente. El ejercicio de la voluntad o de la libertad nos ha llevado, incluso, a tener a nuestro Planeta a bordo del colapso, a causa de la explotación inadecuada de los recursos naturales, la guerra y la codicia humana. Por lo mismo es que **la libertad de expresión está siempre tan asociada a las condiciones políticas, económicas y culturales de cada nación.**

Considerada un soporte fundamental de la libertad y la democracia, se asume internacionalmente que **la libertad de expresión es el derecho humano a expresar opiniones y sentimientos, así como formular preguntas, sin ser molestado o reprimido por la autoridad.** De la declaración Universal de los Derechos Humanos, formulada en 1948, se colige en el mundo moderno que este derecho no es posible sin medios de comunicación dotados de efectivas garantías de funcionamiento independiente. De esta forma, se establece allí que los países deben procurar el libre acceso a las fuentes informativas y obligarse a una legislación que permita la más amplia circulación de noticias. Pero establece, además, que para que estos dos objetivos puedan cumplirse hay que otorgar libertad y facilidades para la constitución de entes informativos, es decir medios de comunicación. Al mismo tiempo que fomentar el establecimiento de asociaciones a fin de defender los derechos anteriores. Estas entidades son, por ejemplo, los colegios profesionales y sindicatos de periodistas, las organizaciones de

telespectadores y auditores. Así como la existencia de tribunales que velen por el cumplimiento de este derecho humano y puedan sancionar los abusos que se cometen en su ejercicio. Tanto por los estados, los diversos grupos de presión o los propios comunicadores.

En los últimos años, se pone énfasis en la **diversidad informativa** que deben procurar las naciones democráticas. De esta forma, los gobiernos y parlamentos legislan para impedir la concentración medial y facilitar el pluralismo ideológico. Se implementan políticas desde los estados para subsidiar el precio del papel y eliminar gravámenes a la circulación de libros, diarios y revistas. Se otorgan créditos “blandos” para estimular la fundación y desarrollo de medios, así como iniciativas para llevar el internet a todos los hogares y escuelas. Además de sostener desde el Estado radios y canales de TV públicos que escapen al imperio del mercado publicitario y se obliguen a producir y difundir espacios culturales y educacionales, procurando, por supuesto, el buen nivel de sus espacios periodísticos.

Mientras esto ocurre en las democracias más sólidas, los regímenes autoritarios buscan todo tipo de pretextos para mantener las mordazas y amedrentar a los intelectuales, artistas y periodistas, en el convencimiento de que los pueblos son entes desvalidos a los cuales hay que moldearles las ideas, los gustos y la voluntad. Pero tampoco se puede soslayar lo que ocurre en una infinidad de países que proclaman su condición republicana y adhesión a los Derechos Humanos en los que se inhibe la lectura de los jóvenes y pobres aplicando, por ejemplo, eleva-

dos impuestos a la industria editorial. Estados que permiten, sin limitaciones, la penetración extranjera en los medios de comunicación. Que ponen trabas enormes a las radios y canales de TV comunitarios. Que impiden el acceso de los periodistas a las informaciones y balances de los gobiernos y las empresas. Que manipulan la información con la publicidad estatal y toleran que los anunciadores privados intervengan en la programación de las parrillas televisivas y contenidos del conjunto de la prensa. Más allá de las zancadillas de los propios estados y grupos de poder a las libertades de expresión y de prensa, es evidente que éstas viven también bajo la amenaza de lacras tan terribles como el narcotráfico, el fundamentalismo religioso y la corrupción de las autoridades. Año a año, se agregan nombres a la inmensa lista mundial de reporteros, camarógrafos y otros comunicadores que son abatidos, encarcelados y amenazados por entidades desquiciadas y fanáticas, cuyos tentáculos no reconocen frontera alguna en el mundo de hoy.

En su propósito de alimentar el conocimiento y servir a la conciencia de los seres humanos y los pueblos, el periodismo es una actividad intrínsecamente progresista y se erige como un ariete en derribar los muros de la ignorancia, el conformismo y todas las actitudes retardatarias. De hecho, los grandes cambios y revoluciones de la historia estuvieron siempre asistidos por medios de comunicación que difundieron las ideas libertarias o emancipadoras, así como por reporteros que arengaron tales procesos y dejaban registro de sus avances. La historia de cada país da cuenta de este fenómeno y en nuestro continente basta recordar el papel que jugaron hace 200 años personajes como

José María Morelos, en México, y Camilo Henríquez, en Chile, cuyas respectivas plumas y gacetas animaron la magnífica gesta de nuestros procesos independentistas.

Desde que todos los seres humanos se reconocen en la misma condición y dignidad, el buen periodismo tiene un compromiso ineludible, también, con la igualdad de derechos, así como con la promoción de la equidad al interior de las naciones, como entre éstas. La libertad y la justicia social son, asimismo, objetivos ineludibles en nuestra tarea. A lo que se suma, hoy, la necesidad de un compromiso urgente con la protección de nuestro Planeta y de su frágil biodiversidad tan seriamente amenazada. Los propios científicos, pero ahora hasta los teólogos y filósofos coinciden en la necesidad de ponerle límites a la concentración de la riqueza y al consumismo, no sólo en beneficio de una justa distribución de los bienes y servicios sino como condición sine qua non para salvarnos del colapso que nos vaticinan el cambio climático y otras síntomas derivados de los abusos cometidos contra la naturaleza y, absurdamente, en nombre de la civilización.

## **Objetividad, honestidad e independencia**

En nuestra aproximación a la realidad, es imposible que no apreciemos los acontecimientos de muy distinta forma. Hombres y mujeres, jóvenes y adultos, ricos y pobres vemos al mundo de modo diferente. En las entretenidas pruebas empí-

ricas a que nos sometían nuestros profesores de periodismo comprobábamos que, expuestos ante un simple accidente de tránsito, todos entregamos informaciones y opiniones disímiles, hasta contradictorias. Las cosas se ven distintas según desde donde las apreciamos, de esta acera o desde la de enfrente, si arribamos antes o después, y de acuerdo con nuestras particulares escalas de valores y prejuicios. Es así como los jóvenes tienden a atribuirle más responsabilidad a los choferes adultos que a los novatos, así como los mayores generalmente creen que la imprudencia va de la mano de los jóvenes. Como también, hasta el presente (aunque cada vez menos) se le atribuye a las mujeres menos experticia en la conducción de automóviles. Pero la disparidad es todavía mayor cuando nos enfrentamos a fenómenos, más que acontecimientos. Ocurre que frente a las cifras que miden el PIB, el desempleo o el costo de vida, por ejemplo, perfectamente pueden surgir los más distintos análisis, según sean nuestras convicciones, estándar de vida y otras condicionantes.

De esta forma, la objetividad en el periodismo resulta verdaderamente un mito o una utopía irrealizable, pero esto no debe ser un aliciente a nuestra subjetividad cuando escribimos o hablamos. Lo que debe animarnos realmente es a proceder siempre con **honestidad** en nuestro quehacer, imponernos ser fieles con lo que vemos y escuchamos. En ningún caso “arreglar” nuestras versiones o acomodarlas al deseo de nuestros editores o receptores. Ello debe desanimarnos, también, a “recortar” los acontecimientos u ocultarlos deliberadamente. La mejor forma

de defender el derecho a equivocarnos es comprometiéndonos a ser consecuentes con nosotros mismos, con aquello que nuestros propios sentidos capturan día a día.

No se trata de que el periodista se asuma como un ser aséptico. Si aspiramos a que los seres humanos tengan convicciones y manifiesten compromisos, también es nuestro el derecho a creer, sentir y actuar. De lo que se trata es que no embadurnemos nuestro noble oficio con los sesgos o intereses propios o los de quienes dependemos laboralmente. La convicción que nos formemos de cada acontecimiento o fenómeno, efectivamente siempre está antecedida por nuestros sentidos y sentimientos. Eso es inevitable y por lo mismo debemos reclamar comprensión y respeto de quienes nos ven, leen y escuchan, así como de nuestros editores. La dignidad profesional radica en la independencia que demos en nuestro quehacer y ello depende de que actuemos en conciencia, conforme a nuestra propia identidad moral. La defensa de ella está hoy en el fundamento de las organizaciones periodísticas de todo el mundo y en la lucha por su reconocimiento es que diversas legislaciones han incorporado las “clausulas de conciencia”, las que en algunos países alcanzan rango constitucional. Con estas disposiciones, se trata de contrarrestar las desmedidas presiones que muchas veces ejercen los propietarios o editores de los medios, de manera que los periodistas tengan un grado de iniciativa y movimiento que honren la independencia con que deben cubrirse los acontecimientos y plantear las noticias. De esta forma, los comunicadores pueden negarse a producir y difundir

informaciones que sean contrarias a los principios éticos de nuestra actividad, así como de los valores que particularmente profesamos. En este sentido, debe asistirnos el derecho de desvincularnos laboralmente, con todos beneficios que importe, en caso de que **un medio de comunicación altere su orientación informativa o ideológica**. Lo anterior opera, también, cuando la empresa nos imponga **un traslado o nos asigne funciones que colisionen gravemente con la voluntad y la trayectoria del informador**.

A la luz del importante rol social que cumplimos, la formación de los comunicadores debe priorizar su formación cultural y ética por sobre la capacitación técnica, lo que lamentablemente no ocurre en la mayoría de las universidades y centros de formación. Ello trae como consecuencia que tantos en periodistas y otros se satisfagan profesionalmente en sus destrezas mediales y consideren tan poco el contenido y los efectos de lo que difunden. Son contados con los dedos de la mano los casos de periodistas y animadores capaces de reaccionar frente a la noticia falsa o el infundio. Y aunque se pudiera tener alguna comprensión o compasión hacia a tantos profesionales adictos al poder en tiempo de dictaduras o tiranías, lo cierto es que en democracia la abyección es completamente intolerable.

## Lo Noticiable

La inmensa mayoría de quienes ejercen en la comunicación social lo hacen en empresas que no les pertenecen y que sólo contratan



sus servicios profesionales. Son pocos los periodistas que logran organizar y sostener sus propios medios, salvo las posibilidades que ahora abre el internet para una infinidad de sitios, pero que muy excepcionalmente logran constituirse en expresiones masivas. Es evidente que quienes invierten grandes sumas de dinero para publicar diarios y revistas, así como estaciones de radio y televisión, lo que buscan es la rentabilidad de su dinero o de sus convicciones. Empresarios, partidos políticos, iglesias y otras diversas instituciones saben que en el mundo actual los acontecimientos pueden pasar completamente inadvertidos si es que no derivan en noticias y si es que éstas no alcanzan a un destinatario amplio. En la búsqueda de influencia o poder, es muy difícil que un medio no defina línea editorial y le imponga a sus colaboradores límites más o menos estrictos en su desempeño. Es conocida la invocación que hacen muchos líderes políticos y sociales en cuanto a preferir que los medios los traten mal a que los ignoren.

Esta realidad y otros factores son los que le otorgan más o menos “noticiabilidad” a los acontecimientos. En primer lugar, es la **orientación editorial** de un medio de comunicación lo que determina qué noticias se difunden y a cuáles se les otorga más importancia. De esta situación es que se distinguen las publicaciones políticas, económicas, culturales, deportivas y de otro conjunto de denominaciones que, si bien difunden noticias de amplio espectro temático, naturalmente ponen énfasis en lo que más les interesa conforme al público que quieren alcanzar y los beneficios que se proponen obtener. A ello hay que agregarle la línea ideológica del medio, aunque la gran mayoría de las empresas comunicacionales

quieran ser asumidas como “objetivas” o pluralistas.

Los acontecimientos se hacen más o menos noticiables si éstos, por su temática, van a causar un impacto en la venta de ejemplares o en el nivel de recepción. Es lo que se llama **presunción de comerciabilidad**, cuestión de que relaciona mucho con la posibilidad de los medios de capturar avisos publicitarios o propagandísticos, sin duda la mayor fuente de ingreso actual de la actividad editorial, televisiva y radial. Esta realidad es la que explica el desarrollo de medios livianos, sin compromiso y que lo que más buscan es capturar mucha publicidad pagada. De lo que se deriva, además, que los espacios informativos prácticamente se agoten en la llamada crónica roja, el fútbol y la farándula. Al tiempo que programas o páginas culturales se reducen a la mínima expresión.

En la práctica cotidiana de hacer noticias influye mucho que un acontecimiento se haga **factible de ser plenamente entendido por parte de los comunicadores y destinatarios**. Muchas veces existen situaciones y fenómenos que son desestimados porque se asumen que son demasiado complejos para nuestros receptores o simplemente porque a los propios periodistas les resulta de difícil comprensión y difusión. Miles de acontecimientos de carácter económico o científico, por ejemplo, son dejados de lado por editores y redactores por su precaria formación intelectual o porque menosprecian la de sus destinatarios. En estas omisiones tan graves y corrientes del periodismo se funda la necesidad de una sólida formación de sus profesionales. La que hoy no sólo exige ser amplia, sino también especializada.

A los factores señalados hay que sumarle las presiones que en todos los países se ejercen a los distintos medios. Desde las amenazas de los narcotraficantes, pasando por disuasiones que ejercen los negocios y agencias de publicidad como, por supuesto, los acotamientos legales y las políticas de “encantamiento” que ejercen las diversas autoridades. Con diferencias más o menos significativas es preciso reconocer que todavía hay periodistas y editores cuyos ingresos más suculentos los obtienen de empresarios, caudillos políticos y otros. Mercenarios del periodismo o plumarios a sueldo que están en las nóminas de los gastos reservados o de representación de los gobiernos y de las entidades financieras o productivas. En la historia del periodismo falta, en efecto, pormenorizar tantas situaciones vergonzosas y trágicas relacionadas con los que venden su conciencia, la compran o se resisten al soborno incluso al precio de sus vidas.

Por supuesto que también influye en la noticiabilidad **los espacios y tiempos disponibles** en cada medio de comunicación. Los llamados “centímetro columnas” de los medios escritos que son disputados por los avisos y los factores anteriormente indicados. Tiempos brevísimos en la radio y la televisión que generalmente dejan fuera o para más adelante acontecimientos que son muy importantes, pero que “no venden”, como suelen explicar o disculparse los distintos editores.

Con todo, hasta en los medios más controlados o dependientes existe un margen de acción para el periodismo libre y cons-

ciente. Nos referimos a la posibilidad que se les abre a los reporteros y redactores de meter “en letra chica” o espacios menos relevantes contenidos más trascendentes. Hasta en los medios más adictos siempre fue posible “filtrar” noticias que escapaban a la censura oficial. Muy encomiable nos parece el logro de ciertos sindicatos de periodistas europeos de ganar espacio en los medios para las noticias que ellos quieren difundir con o sin el consentimiento de los editores. Así como indispensable creemos el avance consolidado por tantos medios de crear el Defensor del lector, del auditor o del telespectador, figura que obliga a los medios a recibir y publicar las réplicas de sus receptores, que fustigan o complementan el quehacer informativo.

La vieja contradicción entre lo que quieren los periodistas y permiten los editores se explica en los propósitos de una actividad que siempre debe ser irreverente con el poder, cuanto lo más independiente posible en su quehacer cotidiano. Reporteros y redactores deben tener en su ADN sospechar de la autoridad y de las versiones oficiales. Es así como la **conferencia de prensa** es una de las prácticas más lesivas en el ejercicio profesional, puesto que los reporteros son sometidos a enfrentar a un personaje que se refiere a un tema específico y respecto del cual tantas veces hasta reciben unas carillas con la versión preparada por los convocantes. Nuestro trabajo siempre debe preferir la **entrevista** individual y directa como también la **Rueda de Prensa**, es decir aquellas citas en que los periodistas interrogan sobre diversos temas a su interlocutor.

## Características de la Noticia

Las noticias logran más o menos impacto dependiendo de su contenido y de un conjunto de características que todos los autores coinciden en señalar y, frecuentemente, jerarquizar. Un terremoto devastador logra fácilmente la atención de los medios y de sus receptores. En la historia del periodismo, el arribo del hombre en la luna (1969), así como el atentado a las torres gemelas en Nueva York (2001) han quedado como uno de los hitos que más estremecieron a la humanidad. Las noticias se prodigaron y las estaciones de televisión, especialmente, lograron niveles de *rating* difícilmente superados.

Lo primero que debemos consignar es que la **actualidad** es una característica consustancial a la noticia. Lo añejo o la predicción de lo que viene muy difícilmente logra tanto interés público como aquello que recién se conoce, sucede o se descubre. Un partido de fútbol que se transmite en diferido es poco probable que logre el mismo impacto que cuando se transmite simultáneamente, aún cuando nada sepamos de su resultado. Mientras más fresca o instantánea sea la difusión de un acontecimiento, mayor será el interés público que concite.

A lo anterior debemos sumarle la **proximidad** en que estemos del acontecimiento. En general lo que sucede en nuestro pueblo, ciudad o país logra mayor impacto que aquellas noticias que vienen de lejos. Hay horrores que muchas veces suceden en otros continentes que nunca lograr conmovernos tanto como

aquellos que sucede cerca. Todo esto es muy relativo cuando se consideran nuestros particulares intereses y escalas de valores. Por razones ideológicas, muchas veces lo que sucede en otros países logra gran interés y seguimiento, como son para los católicos las noticias que vienen de El Vaticano o de aquellos regímenes que son de nuestra simpatía.

Esto significa que hay una proximidad física como una intelectual o afectiva. Las noticias sobre el maltrato a las mujeres en Afganistán lograron conmover más en Europa y América Latina que en aquellos continentes o naciones en que los derechos humanos todavía no son tan reconocidos. En general lo que le ocurre a los niños concita interés universal, así como en Suiza, Estados Unidos y otros países el castigo a los animales logra conmover mucho más que en España y tantos países acostumbrados a las corridas de toros o a las peleas de gallos.

Lo que sucede va estrechamente unido a quién le sucede. Es lo que se distingue como la **prominencia** de una noticia. Si un jefe de estado tropieza y cae en la calle, ello se considera “noticia”, no así los costalazos que nos damos los seres comunes y corrientes. Las fiestas y amores clandestinos del Presidente de Italia, de un actor de cine o de una tenista famosa provocan titulares y portadas en todo el mundo y con frecuencia desplazan noticias mucho más relevantes desde el punto de vista de su consecuencia.

De esta forma, todo lo que implica **conflicto** logra interés público. Para la noticiabilidad de un acontecimiento,

habitualmente importan más los pugilatos entre los parlamentarios que sus debates legislativos, así como concita más atención el estallido de una guerra que su solución o acuerdo de paz. Ocurre lo mismo con aquellas noticias que explotan la **curiosidad** o el **suspense**, así como el **desenlace** que puede derivarse de un acontecimiento. Los informes sobre dietas y productos para reducir peso siempre despiertan curiosidad, así como es en el suspense donde radica el éxito de las “noticias en evolución”. En definitiva, mucho depende de nuestra capacidad de emoción y disposición a informarnos, porque en esto de la “difusión periódica de noticias” hay quienes incluso eluden los medios de comunicación, interesados mucho más en la historia, las manifestaciones culturales como el cine, los libros o lo que les llega por el boca a boca. Es lo que prefería, por ejemplo, el notable escritor argentino Jorge Luis Borges, quien se ufanaba de no seguir la prensa. Y al que se le perdonan verdaderos traspiés políticos a causa de su desafiante distancia de la cotidianidad y del trabajo de los periodistas.

De estas características básicas de la noticia se desprende la instrucción que tienen los periodistas de responder en cada uno de sus despachos informativos a un conjunto de interrogantes que se han hecho clásicas especialmente en el oficio de los reporteros. Sucedió tal cosa (**QUÉ**) a tal o cuáles personas (**QUIÉN**), en tal día u hora (**CUÁNDO**), de tal forma (**CÓMO**), con qué causa (**POR QUÉ**) y con cuáles consecuencias (**PARA QUÉ**). Nuestros profesores de periodismo castigaban severamente las notas en que no respondíamos al menos las cuatro primeras interrogantes y con ello tenían mucha razón, puesto que los hechos

son acontecimientos y merecen ser noticia cuando son actuales, cercanos e involucran a personas con algún grado de importancia. En el ejercicio del periodismo descubrimos, enseguida, que no siempre lo acontecido es lo más importante, de tal manera que una noticia puede ser más llamativa por quién o quiénes involucre más que por los que efectivamente les sucedió. De esta forma, hay noticias que pueden tener mucho impacto gracias a que develan la forma, es decir el cómo sucedieron los hechos o incluso el lugar. Es lo que sucede muy habitualmente con ciertas notas criminales en que la forma macabra de acometer tales delitos puede hacerse mucho más atractiva que sus víctimas. Simplemente porque en la natural curiosidad de la gente hay que integrar una alta dosis de sordidez.

## **El Estilo Periodístico**

El lenguaje en que nos expresamos los periodistas tiene características propias y nos señala diferencias según cuáles sean nuestros medios de comunicación y destinatarios. La prensa es palabra escrita y la radio, oral. La televisión es audiovisual y la multimedia combina las distintas formas de expresión. Transmitir cualquier evento por radio o televisión difiere enormemente. La imagen nos ahorra muchas palabras. La redacción más exigente, sin duda, es la que nos imponen los periódicos, revistas, diarios electrónicos y sitios de internet, como ahora los *blogs* tan requeridos por los comunicadores, por la oportunidad de decir ahí todo lo que no permiten sus medios o, bien, alcanzar un público más acotado o especializado.



Aunque existen autores que incluyen al periodismo dentro de los diversos géneros de la literatura, lo cierto es que el estilo periodístico adquiere intenciones y formas propias como distintas del lenguaje de novelistas, cuentistas y poetas. A la preocupación por los contenidos, la narración literaria y lírica suma el cuidado extremo de las palabras, de tal manera que la forma y el fondo resulten lo más armonioso posible. Un escritor de ficción puede tomar años en concluir una obra o un libro de poemas justamente porque, al talento de la creación, se le impone sumar una eximia verbalización. En la historia de la literatura hay escritores de muy difícil comprensión y que exigen de lectores extremadamente cultos y elitistas en el lenguaje. Creo que todos hemos tenido la experiencia de leer a poetas a los cuales les entendemos poco o nada y cuyas obras sólo los especialistas son capaces de dilucidar.

A otras actividades y creación también se le atribuye un lenguaje propio o particular. Los hombres y mujeres de ciencia usan términos especializados que muchas veces sólo ellos pueden descifrar, con la intención, incluso, que sus trabajos se acoten a un reducido grupo de personas. Ha costado mucho tiempo en que los investigadores rompan la desconfianza que tienen de los periodistas en su afán de extender masivamente la ciencia y que los comunicadores sociales se capaciten para entenderlos en su actitud y lenguaje crípticos. En general, la gente de ciencia escribe y dicta conferencias para sus pares, salvo aquellos maestros excepcionales como Alberto Einstein, que entendían que el conocimiento es un derecho universal y tuvieron el talento de expresar hasta lo más complejo en lenguaje sencillo.

Se han escrito miles de libros y artículos sobre su *Teoría de la Relatividad*, sin embargo es difícil que cualquiera de estos textos resulte más claro y pedagógico que en el que el propio autor formuló su descubrimiento.

A nosotros se nos impone la obligación de transmitir noticias y comentarios al alcance de todos, aunque hay quienes escriben y hablan para públicos muy especializados. Lo corriente es que tengamos que expresarnos para lectores, auditores y tele-espectadores muy heterogéneos, de distinto nivel de formación educacional, convicciones e intereses. De esta forma es que nuestra primera exigencia es la de la **claridad**, es decir lograr que todo el mundo entienda lo que escribimos o decimos. Para ello nos exigimos el uso de un vocabulario compatible con el que entiende la mayoría, aunque no lo use en plenitud. Para ser claros, además, es que resulta tan necesaria la buena sintaxis y puntuación en la construcción de oraciones: *sujeto, verbo, predicado y punto*, cuidando que resulten oraciones lo más breves posibles, en su orden lógico y con sentido en sí mismas. Tratando, siempre, que el relato no sea interrumpido por frases u oraciones subordinadas. Evitando a toda costa, además, el hipérbaton, recurso tan usado, por ejemplo, en la poesía.

Otra exigencia es la **precisión**, entendiéndolo por tal abordar directamente lo que queremos comunicar, aplicando concisión en el uso de las palabras, de los sustantivos, adjetivos y verbos. Los mejores narradores y oradores son los que ordenan y exponen sus ideas sin arrancarse a otras que después los obligue a regresar o reiterarse. Hay relatos periodísticos que se abortan

por la incapacidad de sus narradores de distinguir lo esencial y accesorio. Nunca resulta conveniente incluirlo todo; necesariamente existe información que debemos desestimar, dejar para otra ocasión en mérito de que quienes nos leen y escuchan entiendan claramente lo que queremos transmitirles. En este sentido, lo que abunda afecta verdaderamente el impacto de la comunicación. Por lo mismo que se recomienda no abusar de los verbos pasivos y compuestos, así como preferirlos en tiempo presente, sobre todo cuando se titula.

En el uso del lenguaje hay que expresarse con **naturalidad**, es decir con términos sencillos y comunes. Por una extraña razón, hay periodistas que tienden a desafiar el significado de las palabras y recurrir al “lugar común”, es decir al uso de expresiones archi repetidas. Curiosamente, a las *avenidas* suelen llamarlas *arterias*; a los *equipos* de fútbol, *escuadras*; a los ferrocarriles, *convoyes*; a los presidentes de partidos, *timoneles*. Sobre todo en el lenguaje oral se abusa al respecto, cuando de verdad nuestra lengua es rica en sinónimos que nos permitan evitar las repeticiones de palabras y cacofonías que tanto afectan el buen relato. En la falta de naturalidad se suelen cometer otros severos despropósitos, como aludir a los mexicanos como aztecas y a los brasileros como cariocas, en circunstancia que los mexicanos son sólo uno de los más de 50 grupos étnicos que habitan ese país. Como que los cariocas son sólo los que viven en Río de Janeiro.

A las tres características anteriores conviene sumar la **originalidad** que debemos imponernos en el ejercicio de nuestra

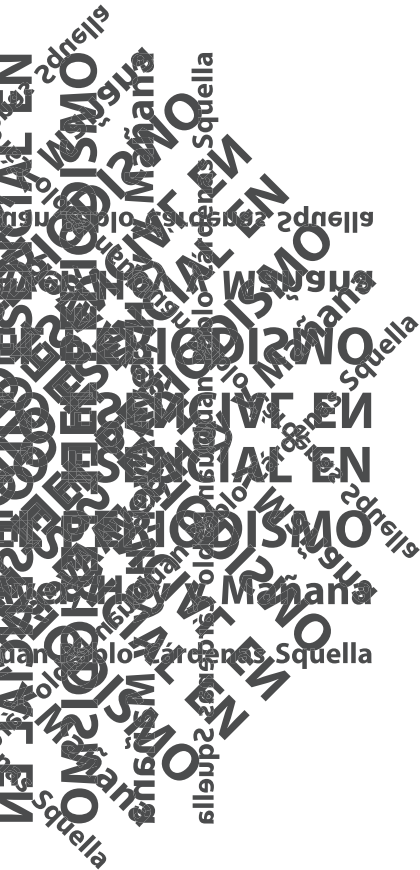
tarea. El desafío es cómo conciliar la naturalidad con la originalidad si queremos ser distinguidos en nuestro propio estilo. Ello parece muy difícil en el periodismo escrito pero resulta posible cuando nos expresamos por radio y televisión, donde suele existir mayor tolerancia hacia las imprecisiones verbales. Hay giros usados por los periodistas que los identifican en su particular estilo, pero que desgraciadamente pasan muy luego al uso común. En la magnífica diversidad en el uso de nuestro idioma castellano, no sólo el acento nos diferencia a los distintos habitantes de América Latina. Llegamos, incluso, a usar términos distintos para referirnos a lo mismo: palta o aguacate, tomate o jitomate, chile o ají, entre tantos ejemplos que se descubren con los viajes o la globalización de las comunicaciones. Existen, asimismo, términos que tienen sentidos muy diferentes en uno y otro país, como la palabra alucinar que en algunos lugares se refiere a lo peor o más repugnante, mientras en otros resulta fascinante, encantador. De lo que se trata, en definitiva, es marcar estilo propio cuando nos comunicamos, pero sin caer en lo cursi o rebuscado.

Ocurre, también, que la originalidad se logra con nuestra propia voz, dicción o énfasis. Con el rictus personal que ciertas personas tienen al expresarse y que, muchas veces, radica en la forma que habla y escribe más que en los mensajes que emite. En el periodismo suele haber animadores que encantan a sus auditores y que, sin embargo, pocas veces emiten ideas novedosas. En el púlpito y en los estrados suelen también destacarse estos personajes.

El estilo periodístico está marcando notablemente la narrativa literaria contemporánea. Los mejores novelistas del momento son aquellos que escriben con precisión y naturalidad, que ponen énfasis en los sustantivo más que en lo adjetivo y construyen todo con oraciones concisas y en un lenguaje universal. Gabriel García Márquez, Mario Vargas Llosa, entre tantos talentos latinoamericanos, son magníficos por la calidad de su expresión cuanto por su imaginación creadora. Pensemos, también, en escritores actuales como Orhan Pamuk o Arundhati Roy o, incluso, en poetas como Pablo Neruda, reconocido universalmente por la capacidad de poner al alcance de millones de lectores un género que se reservaba a las elites.



# LOS GÉNEROS PERIODÍSTICOS







En el ejercicio del periodismo debemos distinguir tres grandes propósitos, ya sea que nos expresemos por escrito, de forma oral o por los medios audiovisuales. En las notas más simples o las más completas buscamos **informar, interpretar u opinar**. No importa cuál sea nuestro medio de comunicación: en los diarios y revistas, la radio, la televisión o a través del internet tenemos la posibilidad de cumplir con cualquiera de estos tres objetivos y combinarlos cuando lo estimamos necesario. Hay medios que se hacen más propicios para uno u otro género, pero en la actualidad no hay razón para que estas tres intenciones se manifiesten por cualquiera de las plataformas comunicacionales.

## **El Periodismo Informativo**

El periodismo informativo tiene por objetivo transmitir lo más fidedignamente posible aquello que observamos y nos parece noticiable. Por supuesto que con la salvedad que ya indicamos anteriormente: todos enfrentamos los hechos y acontecimientos de muy distinta forma. Los reporteros son los que traducen en noticia los acontecimientos y su misión es ponerlos lo más rápidamente posible al alcance de la sociedad a través de los

medios de comunicación. Tal rapidez hace pensar que la radio y la televisión son todavía los canales más expeditos en irrumpir o “golpear” con las noticias, además de constituirse aún en los de mayor alcance social. Sin embargo, mucho de lo que se conoce primero se lo debemos al internet y a ese sinnúmero de páginas periodísticas y tantos sitios que hoy se reconocen como expresión del periodismo ciudadano. Hay acontecimientos en que prácticamente la intermediación de los periodistas es tan básica como ponerle micrófono o cámara a lo que sucede. Las grandes tragedias o cataclismos, el deporte y los espectáculos son tan prontamente difundidos que apenas requieren de reporteros, aunque sí de quienes puedan ponerle valor agregado a dichas transmisiones. Por otro lado, el hecho de que tantos millones de personas porten ahora un teléfono celular, *blackburry* u otros adelantos, con cámara fotográfica y grabadora, permite que un buen número de acontecimientos sean comunicados a los medios y difundidos a través de ellos por una infinidad de espontáneos colaboradores. Fenómeno muy interesante que favorece la participación social en el proceso comunicacional y al que se le denomina “periodismo ciudadano”.

En general, el periodismo informativo es el que alimenta los noticiarios de radio y televisión y los espacios respectivos en los periódicos de papel o electrónicos. Se asegura que este género es el más objetivo de todos, lo que no es rigurosamente cierto, puesto que el que observa y transmite es un ser con ideas y sentimientos, aptitudes y sesgos que pueden afectar mucho el contenido de su trabajo. Por lo demás, en la misma selección de lo que se difunde se puede ser poco objetivo y

provocar desinformación. Emitiendo noticias verdaderas, pero ocultando otras, los medios de comunicación pueden distorsionar completamente la realidad. Como logran hacerlo, por ejemplo, aquellos canales de televisión que dedican gran parte de sus noticiarios a difundir noticias de carácter policial, omitiendo los logros en la lucha contra el crimen para sembrar pánico en la población y, consecuentemente, favorecer o justificar los excesos de las policías o el éxito de los políticos partidarios de la “mano dura”. Es evidente que la futbolización y la farandulización de los espacios informativos muchas veces persiguen que la población se despreocupe o asuma una actitud pasiva respecto de situaciones de mayor relevancia. Aunque el aumento de la globalización es inexorable, es evidente que hay países que permanecen ignorantes y aislados del mundo como producto de la manipulación de sus medios.

Hay quienes se denominan “periodistas de investigación” marcando diferencia de quienes ejercen en el reporte cotidiano. Con tan pretensión, sinceramente se menoscaba la abnegada y lúcida tarea de los reporteros que a diario descubren los acontecimientos, los jerarquizan y dan a conocer con claridad y precisión. Los grandes eventos del pasado son reconocidos gracias a los historiadores y al registro de quienes fueron testigos presenciales o de oídas. El pensamiento de los filósofos griegos y hasta la propia vida de Cristo nos han llegado por el trabajo de estos genuinos reporteros que operaban mucho antes de que existiera alguna concepción de periodismo. Por el talento de narradores que investigaron acuciosamente lo que sucedía o ya había acontecido y que, como en el caso de los propios evangelistas,

trataron de transmitir lo más honestamente posible lo que observaron o les relataron. Dejándonos testimonio, como es natural, de lo que a cada cual le mereció más significación según sus sensibilidades y criterio. Esto explica que frente a los mismos hechos resulten históricamente versiones que se complementan o hasta se contradicen.

El mal denominado “Descubrimiento de América” (dado que nuestro continente ya estaba aquí y lo habían visitado primero otros navegantes) se reconoce en sus grandezas y horrores gracias al relato que dejaron reporteros largo tiempo censurados y cuyo testimonio terminó por desbaratar las versiones oficiales realizadas por los plumarios de la época. En el mundo moderno, pensemos sólo en el aporte de un reportero tan notable como Ryszard Kapuscinski, cuyas crónicas y reportajes son imprescindibles para entender buena parte del siglo XX, tiempo en que la humanidad vivió las peores tragedias de su existencia, producto del odio, la intolerancia y codicia. Pues bien, este colosal narrador simplemente quiso ser reconocido como un abnegado reportero de lo que sus “cinco sentidos” observaron en los más distintos puntos de la Tierra a los que fue enviado como corresponsal.

El periodismo informativo se propone sólo narrar lo que se observa, sin agregar comentarios u opiniones personales. Sus cultores, asimismo, deben empeñarse en que su producto sea lo más ampliamente comprendido, confiando que sean sus destinatarios los que se formen convicción propia sobre los acontecimientos. De allí que mucho de lo que se lee y se escucha en

los medios merezca reacciones tan diversas, de acuerdo siempre a la subjetividad propia de cada lector, auditor o telespectador.

Es preferible no entregar recetas en cuanto al estilo del periodismo informativo, puesto que el género en la práctica adopta modalidades diferentes cuando el relato es urgente, adquiere las formas de un reportaje o de una crónica. Pero en la elaboración de notas destinadas a la prensa o a los noticiarios de radio o televisión se nos ha enseñado que es preferible ordenar los datos de lo más a lo menos relevante. Es lo que se entiende por relato en **pirámide invertida** y que tiene explicación en las limitaciones que imponía la rotativa y las imprentas tipográficas en los antiguos diarios, más que en la adecuada recepción de la noticia. La “rama”, es decir ese rígido margen de fierro en que se armaba cada página en los talleres, imponía corrientemente en su composición gráfica el corte de las últimas líneas de los textos, dándose por entendido que en éstas estaba lo prescindible o menos importante de cualquier texto. Se deriva, además, de las reglas que prevalecían en los medios, en cuanto a que las informaciones fueran **impersonales**, moldeadas por una idéntica estructura narrativa y, en lo posible, un mismo estilo de redacción. Estas condiciones por cierto prevalecen, aunque ahora los medios de comunicación hasta compiten, incluso, en destacar las firmas y rostros de sus reporteros, favoreciendo su estilo personal y relajando bastante sus formatos para tal propósito. Parfraseando a Mac Luhan, podríamos decir que desgraciadamente muchos medios se preocupan más de destacar a sus conductores y reporteros que los contenidos de sus espacios informativos. Ellos son, muchas veces, el mensaje, como es claro

observarlo en algunos noticiario de televisión, en que el rostro de sus animadores y de sus reporteros parece lo fundamental.

La adopción del computador y las posibilidades que brinda el diseño gráfico aplicado desde los mismos (además de offset y los nuevos métodos de impresión) permiten tantas posibilidades que ya no son tan estrictas las disposiciones que obligaron a varias generaciones de periodistas. En el pasado, la titulación de nuestras primeras notas merecía, por ejemplo, muchas sesiones de adiestramiento en nuestros cursos de periodismo informativo, para armar llamados breves, directos y atractivos que a fuerza se limitasen al número de caracteres fijado para cualquier título de una, dos o tres líneas, en tal o cual familia, cuerpo y ancho. Hoy, los llamados del periodismo escrito son mucho más libres y caprichosos, aunque sigue vigente aquello de que **el título informativo es la expresión en pocas palabras de lo más importante de la noticia**, lo que en general se aplica en todos los periódicos impresos y electrónicos, como en los titulares de los noticiarios y boletines de radio y televisión. No tanto en los artículos más extensos o reportajes.

En lo que se refiere al cuerpo de la noticia, prácticamente en todos los textos periodísticos el lead o encabezamiento sigue cumpliendo un rol importante, sólo que el **lead directo**, que aún prevalece en las notas breves, ha dado paso a otras múltiples formas de iniciar un artículo. Es así como se distinguen y se recurre muy frecuentemente a **lead de resumen**, el **circunstancial**, **de cita textual**, **de interpelación al lector** y otros, según el estilo del redactor, las reglas del medio y la naturaleza

del artículo. Siendo todo más laxo también en el reportaje que en la nota simple.

La información se traduce en escritos acotados que dan cuenta de un acontecimiento nuevo como en reportajes que ahondan, en un hecho o fenómeno. La **nota simple** generalmente no tiene más complementos que las fotografías o videos y se limitan a textos breves que a lo sumo responden al qué, quién, al dónde y cuándo de un acontecimiento, casi siempre en el mismo orden, aunque esto varía según sea la noticia y la novedad que contenga. De esta forma es que muchas veces el cuándo o el dónde pueden ser mucho más relevantes que el hecho mismo y las personas que involucre. En su defecto, **el reportaje informativo** corrientemente da respuesta a todas las interrogantes y abunda en otros datos, aporta antecedentes y registra reacciones que se organizan en un texto siempre de mayor extensión. El que debe mantenerse fiel al objetivo del género, cual es aportar información (sin sesgo o valorización) que contribuya a que nuestros receptores se formen opinión, sin inducirlos en tal o cual sentido. De forma honesta, ya que la objetividad, como ya lo advertimos, es una respetable utopía.

Por lo mismo es que visualizamos los géneros periodísticos como arquetipos o paradigmas, es decir un modelo idealizado de algo, una intención general, genérica, imposible de cumplir a cabalidad. Cuando hablamos de un perro, de una mesa o de una silla todos entendemos que por estos conceptos se suponen un conjunto de características esenciales, aunque en la realidad existan mesas, sillas y automóviles de muy distintas formas,

tamaños y estructura, en los más disímiles diseños y materiales. Tal como existen, también, las más variadas y extrañas razas de perros y gatos sin que nadie dude de son de distinta especie. En la obra periodística debemos tener presente estos **arquetipos** cada vez que comuniquemos algo. Debemos cumplir con la intención de cada género aunque en la realidad **los límites de la información, la interpretación y la opinión nunca puedan ser tan tajantes**. Nadie, en efecto, puede ser tan estricto al comunicar; nuestros propios sentimientos y convicciones hacen que el periodismo informativo sea imperfecto en todas sus manifestaciones, pero en cada nota que produzcamos debemos procurar que lo esencial del género escogido predomine ampliamente. Lo que podemos producir son prototipos, es decir “el más perfecto ejemplar” respecto de la visión idealizada del arquetipo.

No queremos soslayar que el periodismo de los reporteros requiere profesionales con una adecuada formación cultural, ampliamente informados de todo lo que acontece y, por supuesto, aptos para actuar con presteza, inteligencia y criterio en la tarea diaria de capturar hechos relevantes y difundirlos con claridad y prontitud. Al periodismo actual ya no le basta con aquellos “reporteros que saben de todo pero con un centímetro de profundidad”. Hoy lo que se requiere son profesionales especializados por temas y frentes noticiosos, además de instruidos. Es corriente que muchos estudiantes reclamen ante ciertas exigencias académicas cuando lo que quieren, según dicen, es obtener un título para ser periodistas políticos, económicos o deportivos, sin importarles más que lo atingente al campo definido para desempeñarse. ¿Pero es que se podría officiar el periodismo



político sin entender de economía, relaciones internacionales, historia, incluso de psicología y sociología? En el mismo deporte mismo, ¿se podría ser un buen reportero o comentarista sin saber de geografía, biología y otras disciplinas que se vinculan tanto a la actividad física y a las competencias mundiales? ¿No nos parecen vergonzantes aquellos periodistas incapaces de entrevistar adecuadamente a un médico, un juez, un ecólogo o un artista? ¿Cómo van a cubrir eventos deportivos y artísticos sin siquiera interesarse o aportar algo en sus notas sobre el país y el continente en que están? Los que tantas veces, para colmo, se expresan en un vocabulario limitado, sin distinguir tampoco las reglas mínimas de la sintaxis, cuyo amplio dominio es parte indispensable en la formación cultural.

Ciertamente que las escuelas universitarias de periodismo surgieron para formar profesionales solventes en la ética y en el conocimiento de las disciplinas básicas, además, de ganar destreza en el uso de los computadores, cámaras, consolas y otros implementos usados en esta actividad. Pero de verdad estas últimas cualidades se pueden adquirir, como antes, en las mismas redacciones y estudios de TV y radio. O de *motu proprio*, como queda demostrado con la velocidad que los niños y los jóvenes aprenden a navegar en internet, operan en páginas virtuales y se familiarizan con procesadores y recursos técnicos que las mallas curriculares de las escuelas no alcanzan a incluir ante la velocidad del progreso y la dificultad de encontrar maestros que sobrepasen los conocimientos espontáneamente adquiridos por los estudiantes.

Los primeros medios de información se asocian, desde luego, al desarrollo de la imprenta, pero sobre todo a la necesidad de transmitir valores, concientizar a los pueblos y movilizarlos hacia un determinado fin. En nuestro continente americano, los periódicos fundadores nacieron para sembrar las ideas de la emancipación, pese a que las mayorías eran analfabetas y tenían muy bajo nivel de escolaridad. Aquellas modestas gacetas eran leídas a viva voz por los más instruidos, así como después las primeras páginas del periodismo obrero e insurrecto congregaban a los trabajadores en su lectura y reflexión colectiva. La radiodifusión sería, más adelante, la que masificó la noticia y dio los primeros pasos en la globalización informativa a través de la onda corta. Hoy, hasta los hogares más pobres tienen un receptor de radio y en muchos países este medio continúa siendo un dilecto lugar de influencia y credibilidad periodística. Pocas décadas después irrumpe la televisión y ahora es el internet el que nos ha puesto el mundo entero y los conocimientos al alcance de un computador en red.

Los medios de comunicación masivos han sido determinantes para que la humanidad se asuma como una y en igualdad de derechos. Considerada hasta muy poco como una actividad noble y legítima, la guerra hoy es repudiada por una civilización abrumada por los horrores en ella siempre cometidos, aunque las naciones del mundo sigan armándose, arrebatándole recursos al progreso y la justicia social. Se dice que para reconstruir a Haití del terremoto que asoló a su capital necesita tan sólo los recursos que las grandes potencias destinan todavía a la renovación y mantención de las ojivas nucleares.

Estamos convencidos que el periodismo es el que puede implementar la última cruzada mundial para salvar al Planeta del colapso derivado de la inescrupulosa explotación de nuestros ecosistemas, del uso de energías nocivas y el consumismo exacerbado de los países ricos y poderosos. En quienes recae sin contrapeso la responsabilidad del calentamiento planetario y la vertiginosa extinción de muchas formas de vida.

La información nos hizo descubrir el mundo y sentirnos partícipes de la suerte de todos los habitantes del mundo. De pronto que se masificó la radio y llegó la televisión, el volumen de noticias que consumimos nos hace aprender más que lo que nos entrega la escuela o el hogar y ahora el internet e inventos tan notables como el e-book o libro electrónico nos permitirán acceder a millones de textos de las bibliotecas virtuales, a prácticamente todos los grandes medios de comunicación del mundo y a los más completos acopios del conocimiento humano. Todo está más cerca que antes, aunque se teme que este progreso puede ocasionar un aumento gravísimo en la brecha que ya separa a los ricos de los pobres y marginados, si es que los estados no se hacen cargo de socializar aún más la información. Todavía es ínfima la población del planeta que puede desplazarse de un país a otro, acaso de una ciudad a la más próxima, sin embargo los medios de comunicación ya nos tienen viviendo en una “aldea global” a pesar de los esfuerzos que el totalitarismo, el fundamentalismo y otras lacras hacen por mantener aislados a sus pueblos en la ignorancia y las nuevas formas de esclavitud.

## El Periodismo Interpretativo

Recibir tantas noticias, provenientes de fuentes tan diversas y por un enorme número de medios de comunicación nos permite aprender mucho pero al mismo tiempo confundirnos y a veces no entender por qué y qué consecuencias pueden derivarse de los mismos hechos o fenómenos. Otras dos de las interrogantes que se le formulan al quehacer de los periodistas. De esta forma es que el 3 de marzo de 1923 surge en Estados Unidos una revista que se propone agregar a la información artículos destinados a “interpretar” los acontecimientos, es decir buscarle el sentido a las noticias, situarlos en su contexto y jerarquizarlos en su relevancia. Si uno recurre al diccionario de nuestro procesador de palabras, “interpretar” es sinónimo de traducir, desentrañar, dilucidar, explicar, descifrar y aclarar, términos que debieran bastarnos para entender el sentido que adquiere el género interpretativo que representa otro arquetipo entre los propósitos de nuestra actividad. El mérito de la revista TIME, en Estados Unidos, radica justamente en la capacidad de aportar brillante y muy honestamente al propósito expresado en todos estos términos, como en constituirse en la primera publicación que empezó a cultivar sistemáticamente el Periodismo Interpretativo. Género que en sus primeras décadas se practicó por excelencia en las revistas, pero que ahora se extiende a toda la prensa escrita, las radios e incluso canales de televisión, tanto como al trabajo de algunos diarios electrónicos y sitios especializados de la Red.

Como lo señala en su clásico texto el profesor Abraham Santibáñez, cuando se emprende una investigación periodística en el género interpretativo, además de informar, debemos fijarnos cuatro objetivos, cuales son **clarificar, dar perspectiva, otorgar significación o trascendencia** a los acontecimientos, como señalar su **consecuencia**. Con el primer objetivo simplemente buscamos que un tema se entienda luego de la confusión que pueda existir por la complejidad del mismo, por las múltiples y hasta contradictorias informaciones que hemos recibido sobre éste, o simplemente porque no hemos seguido todo con mucha atención y memoria la evolución de los acontecimientos y fenómenos. En este sentido, pensemos tan sólo en esa gran cantidad de notas o reportajes que nos han explicado de forma pedagógica el porqué de un conflicto político, o de los riesgos de exponerse a los rayos ultravioleta, como en qué consiste el efecto invernadero o en qué se basa la presunción de que el mundo vive una crisis financiera. De pronto escuchamos que se enfrentan los hutus y los tutsis en Ruanda y necesitamos que nos clarifiquen no sólo lo que representan los actores del conflicto sino lo que son los propios países involucrados en el conflicto. Cada cuatro años tenemos Juegos Olímpicos y en cada oportunidad se nos hace necesario entender, por ejemplo, las razones de cuáles son las actividades consideradas deportivas y merecen estar en esta competencia mundial. Sobre cada evento tenemos muchas informaciones diarias o al minuto que, aunque abundan, hacen necesario aportes periodísticos que las clarifiquen o expliquen.

Además de este objetivo, muchas veces debemos imponernos darle perspectiva a los diversos temas de la actualidad. Entendiendo perfectamente aquellas noticias relativas a alza o baja en el precio de los combustibles o de las materias primas, muchas veces se nos hacen indispensables aquellas notas periodísticas que relacionan estos índices con la política, las crisis sociales y otros acontecimientos. En 1969, la llamada “guerra del fútbol” entre Honduras y El Salvador obligó a los medios de comunicación a vincular esta original noticia con las verdaderas razones o pretextos políticos, económicos y sociales que originaron su estallido en un estadio. El triunfo de Barack Obama en los Estados Unidos obligó al periodismo a prodigarse en artículos que le dieron perspectiva a este evento en que por primera vez pondría en la Casa Blanca a un presidente de raza negra. Obviamente no se trataba de una elección cualquiera cuando todavía estaba tan fresco en la memoria el drama del *apartheid*.

Todos los días recibimos noticias con mayor o menor impacto que le dan oportunidad a los medios de comunicación de señalarles, también, la trascendencia o importancia que merecen. A veces son situaciones ajenas y distantes, que nos parecen de relleno en los periódicos y noticiarios, pero que luego pueden adquirir una relevancia enorme gracias a la agudeza de ciertos periodistas o comunicadores. La imagen de un gaviota que se ahogaba en el petróleo vertido en la guerra entre Irán e Irak no habría tenido tanta notoriedad si no fuera que una investigación periodística descubrió que ésta era un material de archivo que nada tenía que ver con el conflicto, pero que había sido utilizada por una cadena televisiva justamente para causar más

dramatismo a una situación ya trágica en sí misma. Pues bien, el descubrimiento de esta manipulación comunicacional posiblemente se nos quedó en la retina y la conciencia tanto como todo lo sucedido en el conflicto mismo. Así, también, una ligera confidencia política en Chile sobre los ingresos de los ministros y subsecretarios, que bien pudo pasar inadvertida, derivó en un escándalo que hizo temblar al gobierno de turno y por años tiene a los Tribunales investigando sobre las responsabilidad política y penal del pago de sobresueldos a quienes ocupan cargos de confianza gubernamental. Un desliz verbal que, sin duda, tuvo mucha significación o trascendencia.

Por último, es propio del Periodismo Interpretativo señalar las consecuencias que se derivan o pudieran ocasionarse de un acontecimiento. No necesitamos recurrir a la física cuántica para entender que todo lo que sucede desencadena otros hechos e inexorablemente tiene repercusiones de mayor o menor envergadura. En nuestra misión, es necesario advertir lo que puede ocurrir con tal o cual situación, lo que no siempre se puede discurrir del mero conocimiento de una noticia. Constantemente celebramos y hasta nos maravillamos con los nuevos adelantos de la ciencia y la tecnología, pero recién ahora la humanidad considera los efectos que estos pueden tener en nuestra vida actual y futura. Hasta hace pocos años se asociaba el progreso con la abundancia chimeneas humeantes de ciertas urbes y cuando niños dibujábamos ferrocarriles, casas y ciudades en que abundaba más el humo negro que el paisaje bucólico y límpido que todavía podíamos apreciar de no estar obnubilados por ese falso desarrollo. El consumo de la talidomida, a

mediados del siglo pasado, el desastre de Chernóbil (1986) y ahora el derretimiento de los grandes hielos boreales y australes nos advierten la necesidad de buscar siempre las consecuencias que puedan derivarse de los acontecimientos y noticias. Y es justamente este esfuerzo de investigación periodística la que sirve también de acicate a la comunidad científica mundial para esforzarse en descubrir y señalar los riesgos y tan bien las promisorias consecuencias de tales “adelantos”.

En el logro parcial o total de estos objetivos, el Periodismo Interpretativo exige investigar acuciosamente y de forma honesta. Hemos dicho que la “objetividad” es imposible pero es éste el género que puede acercarse más al concepto. En cada nota o reportaje escrito, radial o audiovisual es preciso abordar un tema y proponerse una investigación que despeje las incógnitas como las hipótesis que nos formulemos frente al mismo y que son necesarias para ordenar nuestra indagación. Luego de ello, y tal como lo hacen otros investigadores en sus laboratorios, estas hipótesis debemos **confrontarlas, confirmarlas, desestimarlas o profundizarlas.**

Inexorablemente, el género exige que lleguemos a la formulación de una tesis que sea expuesta y fundamentada en el trabajo de redacción o edición según la plataforma comunicacional que utilicemos. A menudo, las hipótesis son expresión de los prejuicios que tenemos respecto de los temas que investigamos, por lo que no es extraño que dicha indagación, cuando es honesta, concluya muchas veces en una tesis contradictoria a la formulación previa. Guardamos memoria de cuando un medio



conservador encomendó a una periodista realizar una investigación que concluyera en que la denominada “píldora del día después” (levogestrel) era abortiva y la profesional enfrentó con resolución el trabajo encargado. Sin embargo, después de entrevistarse con muchos especialistas y recurrir a la bibliografía correspondiente, la investigación concluyó en que ésta no producía la interrupción del embarazo, que sólo podía prevenirlo y en algunos casos hasta podía servir para fortalecer el desarrollo el óvulo ya fecundado y alojado en el útero. Al mismo tiempo que se probaba que el riesgo de un aborto era probabilísticamente muy bajo. Lo más lamentable de esta situación es que los editores del medio prefirieron omitir este reportaje.

Si bien en el periodismo informativo las conclusiones deben quedar al arbitrio de los receptores, en los géneros de tesis se constituye un fracaso si quienes nos leen, miran o escuchan derivan en algo distinto a lo expuesto y defendido por el periodista o realizador. En los objetivos antes señalados para este género se trata que la tesis sea tan bien planteada y apoyada que nada de lo que se manifieste se preste para distintas interpretaciones. No se trata de que todas las indagaciones interpretativas tengan que concluir en blanco o negro, en esto o lo otro. Por el contrario, muchas tesis se construyen en la constatación de que es imposible tener certeza plena sobre la explicación o las consecuencias de un acontecimiento o fenómeno. Es el mérito que justamente tienen muchos trabajos interpretativos capaces de ponerse sobre la contingencia y los intereses creados, cuanto ser capaces de descubrir razones entre los distintos aportes intelectuales, políticos, sociales e, incluso, científicos.

Si se le encomendara a un periodista investigar sobre cuál es el invento que más ha contribuido al progreso humano, casi con toda seguridad su artículo concluiría con una tesis que asuma la imposibilidad de precisar cuál es éste en la multiplicidad de opiniones que existen al respecto. Desde el mismo momento que civilizaciones enteras pudieron ser viables sin que siquiera hubiesen inventado la rueda.

En la política, por ejemplo, muy frecuentemente cada partido o grupo cree tener siempre la razón. Después de cada confrontación electoral es corriente que todos se asuman ganadores, aún en los casos que disminuyen su votación o ni siquiera obtienen representantes. A pesar de que los resultados se miden en cifras, éstas no dan necesariamente cuenta de los vencedores o derrotados, y más bien a unos y otros hay que reconocerlos por el semblante de sus rostros fuera de cámara o micrófono. Curiosamente, hay quienes siempre resultan “fortalecidos” de las derrotas, así como otros, en su falsa modestia, dicen haber esperado un triunfo más contundente. De esta forma es que una investigación periodística rigurosa, oportuna y desapasionada podría concluir efectivamente en un resultado. Muy probablemente equidistante de los balances que hagan las partes en pugna.

No está demás advertir que la extensión de un artículo interpretativo sólo tiene relación con la complejidad del tema que se trate y el número de incógnitas que se busque despejar. Es posible apoyar una tesis interpretativa con sólo un par de datos contundentes y mediante un texto, cuñas o imágenes muy concisas.

Bastaron unos pocos testimonios y elementos de prueba para demostrar que la invasión determinada por el Presidente Bush a Irak se hizo sobre la falsa presunción de que en este país existían “armas de destrucción masiva”. Pero desgraciadamente el periodismo no alcanzó en este caso a develar el embuste antes de la intervención de las tropas estadounidenses y de sus incautos o cómplices países aliados. En otros casos, las pruebas y la redacción de las mismas se extiende y da curso a amplios reportajes o informes en los límites de espacio y tiempo de los distintos medios de información, cuanto a tolerancia de los lectores, auditores o telespectadores. Muchas veces se hace propicio exponerlos en un texto impreso más amplio, como lo hacen muchos periodistas en sus libros-reportaje.

## El Periodismo de Opinión

Hemos asegurado que los primeros medios de comunicación surgieron en la necesidad de transmitir ideas y lograr reacciones sociales. Casi todos los autores coinciden en definir **la opinión como una creación subjetiva que combina valores, principios, sentimientos e impresiones verdaderas o erróneas**. Todos los seres humanos tenemos el derecho a tener opinión y a manifestarla libremente y en el más genuino ejercicio de las libertades de expresión y de prensa es que las sociedades pueden tener conciencia de su presente y construir su provenir. Las opiniones de los demás son indispensables para informarse y adquirir convicciones propias. Montesquieu aseguraba que nunca la forma de pensar debiera ser perseguida; que sólo deben

ser punibles las acciones de los individuos. Aunque a diario se cometen excesos en la práctica de estas libertades consagradas por el derecho internacional, se estima que éstos son menores que los beneficios de su más pleno cumplimiento. En este sentido, Emil Zolá se proclamó partidario de una libertad ilimitada. “La exijo para mí y la soporto para los demás... Quiero que no se toque la libertad de prensa. Toda limitación entraña un gran peligro”.

En el periodismo de opinión no tienen valor las certezas aceptadas por todos. Las verdades científicas y reconocidas universalmente no son susceptibles de traducirse en noticia y textos de opinión que se difundan por los medios. Los peores momentos de la humanidad coinciden cuando los estados asumen a fardo cerrado ciertas ideas o creencias y las imponen a todo el mundo. Por esto, en la época del Oscurantismo el mundo avanzó a paso cansino y la peor cara de regímenes totalitarios es la de la intolerancia con las ideas de otros. Baste revisar las constituciones de los países que estuvieron dominados por el nazismo, el fascismo, el estalinismo y, recientemente, por los regímenes castrenses en América Latina para explicarse los despropósitos de sus policías políticas, el genocidio y las purgas que esclavizaron a sus pueblos. La Inquisición fue hija del fundamentalismo religioso y político, así como los castigos que hoy se ejercen contra quienes se pronuncian contra las nuevas formas de integrista o fanatismo. Galileo y Darwin son ejemplos claros de que la verdad finalmente se refuerza ante el error, pero vaya que es enorme el costo padecido, como lo que se retardó el progreso por la intransigencia ideológica y la laxitud moral!

Perseguir las ideas y a quienes las manifiestan es una actitud tan criminal como inútil porque finalmente, como decía el Che Guevara, “la verdad es tan difícil de negarla como esconderla”.

Hay quienes piensan que la opinión de las mayorías debe imponerse a las minorías. *Vox populi, vox Dei*, advierten, pero es la historia la que nos previene que muchas veces pensamientos y decisiones ampliamente mayoritarias resultan absurdas, injustas y retardatarias. La popularidad de Hitler y de otros terribles caudillos justifica y exige que las democracias genuinas proclamen y defiendan los derechos de las minorías. Es muy frecuente, por lo demás, que el buen periodismo no comulgue con los que están en mayoría, en la certeza que las ideas que mueven al mundo al principio siempre son enunciadas y respaldadas por unos pocos.

En el periodismo debe haber espacio para la opinión. Desde luego, los medios de comunicación deben ser los transmisores de las convicciones y sentimientos de los demás, aunque éstos entren en colisión con su propia orientación editorial. Las notas de prensa constantemente recurren a muy diversas fuentes de información y opinión, así como los noticiarios viven de la controversia intelectual en todo orden de cosas. Ciertamente que las secciones y los programas políticos, económicos, culturales de los distintos medios no pueden proponerse sólo la entrega de informaciones. Hasta la farándula periodística se nutre de los juicios y sensiblerías de aquellas figuras del espectáculo dispuestos a ventilar públicamente su vida privada e íntima.

La libre expresión de las opiniones es un derecho humano que también pertenece a los periodistas, aunque muy erróneamente hay quienes postulan que debemos ser seres asépticos intelectualmente hablando, ojalá personas que carezcamos de opinión o renunciemos a expresarla. Una pretensión absurda que tiene siempre el riesgo o el propósito de convertirnos en marionetas o sicarios de quienes controlan los medios de comunicación. En contrario de lo anterior, hay que decir que los periodistas nunca son peor conceptuados que cuando se allanan a ser simples transmisores del pensamiento de sus patrones o se someten a las pautas dictadas desde el poder político. La historia de nuestra actividad distingue la trayectoria de aquellos periodistas y medios rebeldes que se construyeron en verdaderos arietes contra las distintas formas de opresión. Repudiando, siempre, todas esas formas de abyección que tantas veces ha malogrado nuestra misión liberadora.

En general, los periodistas y los medios de comunicación gozan de niveles de credibilidad muy superiores al de otros actores y entidades sociales. Es la propia población la que nos demanda y estimula ejercer nuestro derecho a opinar, pero siempre exigiéndonos independencia en el momento de emitir nuestros juicios. Es decir, que no opinemos por boca de otros, sirviendo a una militancia política o de otro tipo. Al respecto, es evidente que la opinión pública cada día desestima más aquellos medios de comunicación puestos al servicio de una ideología o de algún grupo de interés social o cultural. Expresiones que, si bien pueden ser necesarias, también, en la búsqueda del ser humano “por entender y transformar el mundo”, muchas veces sofocan el de-

bate constructivo y producen natural desconfianza. Al respecto, es conveniente reconocer que la radio y la televisión pública en Europa y otros países han contribuido notablemente a la diversidad informativa y al buen nivel del periodismo. No es el caso, por supuesto, de aquellas estaciones y periódicos en manos de los gobernantes de turno. Estado y gobiernos no se comportan de la misma manera según la experiencia vivida en este sentido.

El género de Opinión también es un periodismo de tesis, sólo que ésta no se funda en una investigación destinada a esclarecer un acontecimiento y a despejar ciertas incógnitas, como es el propósito de la interpretación. De lo que aquí se trata es, precisamente, de volcar nuestros juicios y sentimientos frente a los diversos acontecimientos de la actualidad, aunque de forma libre y autónoma. Porque lo queremos hacer realmente y sin que nos mandaten o digiten.

En los objetivos del Periodismo de Opinión está **persuadir o convencer** a quienes nos leen o escuchan. Nos mueve el propósito de entregar razones o sentimientos que nos hagan ganar adeptos a las diferentes causas que defendemos. Tal como se lo proponen los predicadores y los líderes de cualquier naturaleza. La única diferencia estriba en que nuestros temas son los de la actualidad, los de la contingencia, por lo que nos urge más que otros obtener efectos inmediatos en la actitud de nuestros receptores. Sobre todo, tratamos de convencer a los que no participan de nuestras ideas, por lo que la forma en que se cumpla este objetivo es la posibilidad de comunicarnos a través de medios masivos, al alcance de mucha gente diversa.

Pero otras veces, más que convencer, lo que perseguimos es llegar justamente a quienes piensan como nosotros. Es cuando ejercemos un **objetivo proselitista** en el afán de entregarle argumentos a éstos para que refuercen sus posiciones y resistan la influencia de otras ideas. Es lo que se hace en los medios de orientación política, religiosa o de otra índole, desde el *Observatore Romano*, hasta *El Humanité* y tantas publicaciones que conocemos e identificamos en cada uno de nuestros países con determinadas macro visiones, que frecuentemente nos interesan aunque no las lleguemos a compartir.

A las dos intenciones expresadas sumamos, también, otros dos objetivos que la opinión comparte con el género interpretativo. Esto es, destacar la **trascendencia** y la **consecuencia** de un acontecimiento. Ya sea que piensen o no como nosotros, muchas veces nos proponemos en nuestros comentarios destacar la importancia y las derivaciones del tema que tratamos, por supuesto que en el interés de ganar adeptos y/o reforzarlos en algo que no es parte necesariamente de una ideología o creencia. Varias décadas atrás, el periodista venezolano Arturo Uslar Pietri publicó una columna en que defendía la necesidad de que la población no siguiera aumentando a objeto de evitarnos las hambrunas y otras lacras que persisten y que, quizás, pudieron aminorarse si el mundo le hubiese hecho caso a su controvertida, aunque honesta invocación. Pero lo que nos interesa destacar es que Uslar Pietri escribió esta columna cuando el mundo no hablaba, o lo hacía tenuemente, de control de la natalidad y del derecho que de todos a tener una adecuada alimentación. Le dio, entonces, trascendencia a una formulación que tímidamente



propiciaba la comunidad científica y anotó, aunque exageradamente, las derivaciones que podría tener el crecimiento sin límites de la población mundial. Felizmente, hoy sabemos que con energía y tecnología se puede producir alimentos para muchísimos millones más de habitantes y que las razones del hambre ya no hay que encontrarlas tanto en el exceso de población, como en la abundancia de inequidad.

**El Editorial** es el espacio que definen los medios de comunicación para exponer el pensamiento de quienes lo sustentan, sean sus propietarios o ejecutivos. Los diarios y revistas suelen tener editoriales y “páginas de redacción” en que exponen su línea editorial. Aunque muchos medios no declaren sus intenciones, es en estos espacios donde podemos descubrir su pensamiento y cometido. De esta forma es que el editorial no lleva la firma de su autor, aunque en algunos medios se asuma que quien lo redacta es el director del medio. El anonimato impone, asimismo, que se exponga en un estilo muy impersonal que ojalá haga imposible descubrir su autor. En la anécdota, no podemos dejar de recordar al popular diario El Clarín que se editaba en Chile hasta el Golpe Militar de 1973 donde los editoriales eran redactados por un equipo de colaboradores. Sin embargo, cuando la pluma era la de su dueño y director Darie Sainte Marie (Volpone), éste se daba maña para agregar una viñeta al espacio para que al menos sus amigos lo descubrieran.

Curiosamente, es en el periodismo escrito donde más se leen editoriales. Sin embargo, no existe razón alguna para que las radios, canales de televisión y medios electrónicos no los incluyan.

Cuando lo hacen, en general, sólo es para defender sus intereses corporativos o referirse a un acontecimiento de gran conmoción pública. Pero el espacio prevalece hasta en las más modestas revistas, salvo cuando los directores bajo su propia firma buscan editorializar y de alguna forma dejar sentado que allí su opinión es la del medio.

El editorial corrientemente es un espacio breve y planteado en tercera persona. Los medios opinan en pocas líneas y se concentran en un tema preciso. De lo que se trata es penetrar con una idea, plantear una buena tesis y ser lo más convincente posible. Algunos medios de comunicación logran gran impacto con su editorial y en no pocos casos hasta determinan la agenda política de sus países. Especialmente cuando aquellos medios representan a importantes entidades y grupos de influencia.

No hay razón para que estos contenidos se constituyan únicamente por un título referencial y un texto escueto sin complementos o ilustraciones, aunque ahora se tiende a asignarles mayor notoriedad y atraer a aquellos lectores que se acostumbraron a pasarlos por alto. Con el color y otros recursos de contraste, un título más llamativo, fotografías y diversas ilustraciones hay diarios y revistas que buscan destacar ahora su pensamiento editorial. En la radio o la televisión, los editoriales son leídos por el propio director o por un locutor que se identifica mucho con el medio.

En la **columna** se persigue expresar y defender una convicción intelectual o sentimiento propio de quien la realiza.

Prácticamente todos los medios de comunicación destacan nóminas de columnistas en las cuales diversos especialistas opinan libremente y sin tener porqué coincidir con la línea editorial de quienes los convocan. Pero es propio también que los periodistas se expresen a través de columnas logrando con frecuencia ventaja sobre los demás por nuestro hábito profesional de estar en los temas de mayor actualidad y atractivo público y porque, se supone, tenemos mayor oficio en la expresión mediática. En estos casos es que hablamos de columnas periodísticas para diferenciarlas de otro tipo de aportes.

En efecto, las mejores columnas son aquellas que tratan un buen tema, son concisas, amablemente redactadas y definen una tesis clara (ojalá sólo una). Se trata de un espacio personal, lo más coloquial posible y en el afán de convencernos de algo, reafirmarnos en nuestras convicciones o apreciar la trascendencia y derivaciones de un acontecimiento o problema. Quienes leemos columnas buscamos una satisfacción intelectual, pero también estética, por lo que la forma en que se expresen sus cultores resulta tan importante como lo que planteen. Pero una columna se desbarata si no expresa algo contundente y original por muy bien escrita o transmitida que sea. Las páginas del periodismo están llenas de columnas poco consistentes conceptualmente o que carecen de un estilo atractivo. En el equilibrio de ambos propósitos –contenido y estilo- es donde radica el éxito de tantos columnistas que trascienden sus fronteras. De allí que un columnista no se improvise habitualmente, seguros como estamos de que la formación intelectual y el talento comunicacional toman tiempo y rigor.

Por supuesto que la firma del autor aquí es relevante y dependerá del tema que trate y de su propio estilo si se expresa en primera persona, lo que en general no es corriente en las manifestaciones del periodismo que hemos tratado hasta aquí. Es relevante que la columna se constituya en una práctica sistemática de sus cultores. Está más que claro el éxito que logran aquellos medios de comunicación que otorgan amplio espacio a las columnas, siempre que exijan y respeten la independencia real de sus autores, así como un buen grado de irreverencia y humor. Nada perjudica más a un columnista que descubrirlo hablando o escribiendo por encargo, cuanto manipulando u ocultando datos que puedan llevarnos a engaño. Como lo dijimos antes, la opinión es una creación subjetiva, lo que no tiene porqué recurrir a la deshonestidad.

Entre las características del estilo periodístico se impone la necesidad de dejar relegado al máximo el uso de los adjetivos. En lo posible, nunca debemos reputar los acontecimientos y los fenómenos que abordamos: el calificativo deben ponerlo nuestros lectores o auditores. Pero la columna admite cierta licencia en el uso de los mismos, dado de que se trata de la más personal manifestación de nuestra identidad en el periodismo.

El **ensayo periodístico** es en lo que los otros géneros consideramos reportaje. Se trata, con cierto, de una exposición más distendida sobre uno o más temas o problemas que mantienen una vinculación entre sí siempre el propósito de defender una posición personal y subjetiva. Muchas veces los acotados espacios de la editorial o la columna hacen propicio trabajos más extensos,

completos y documentados, como dirigidos indudablemente a públicos de mayor formación y exigencia. Ensayos se han publicado desde los orígenes del periodismo escrito, pero es en la actualidad que este modo de periodismo de opinión ha alcanzado más vigencia y características periodísticas. Con esto último queremos decir que al ser cultivado por periodistas éste se impone las características del estilo definidos por nuestro quehacer y, del mismo modo, se exige abordar temas actuales y de interés público, lo que está en la base de nuestra actividad.

No pocas realizaciones de la televisión o de la radio, y del propio periodismo escrito son presentadas, errónea o intencionalmente, como documentales informativos o interpretativos, sin embargo resultan tan abiertamente subjetivas y opinantes que derechamente debieran asumirse como ensayos periodísticos. Pero esta expresión donde más frecuente se cultiva es en los diarios y revistas especializadas. Sobre todo en aquellas publicaciones que no esconden su identidad y línea editorial y que incluso explicitan muy honestamente su propósito de observar y comentar los acontecimientos desde una óptica ideológica.

De esta manera, el ensayo periodístico manifiesta preocupación por los títulos y sus complementos; por el lead y un relato ameno y sencillo, al mismo tiempo que se vale de complementos como la fotografía y las ilustraciones. Este “valor agregado” que alcanzan algunos ensayos es muy perceptible en la revista de temas internacionales *Le Monde Diplomatique*. En cada una de sus ediciones mensuales, escriben allí periodistas y especialistas en distintas disciplinas, cuyos disímiles estilos se pueden observar

claramente, aunque todos ellos demuestren la misma rigurosidad en el tratamiento de los temas y se propongan cumplir los mismos objetivos definidos por el género de opinión. Gonzalo Martín Vivaldi le asigna a esta modalidad periodística “una intención didáctica”, actitud que ciertamente en muy corriente apreciar en sus cultores.

Aunque para Bryce Echenique nada es más impreciso que el ensayo, los autores coinciden en que su expresión periodística es la manifestación más extensa, una monografía importada de la ciencia y la literatura y en un “estilo asequible y en un carácter personal y subjetivo”, como lo precisa el profesor sevillano Antonio López Hidalgo.

## Medios y Géneros

Hemos señalado que todos los medios de comunicación pueden ejercer los tres géneros periodísticos, pero es incuestionable que, por su naturaleza, para algunos es más propicia la información, como, para otros, la posibilidad de interpretar u opinar. La aparición de la radio complicó a los diarios y la aparición de la TV a las emisoras. Pero para la suerte de unos y otros es el internet hoy el principal problema y desafío. De alguna forma todos hoy deben tener versiones electrónicas para mantener vigencia y extender su influencia. La palabra escrita, la imagen y la señal sonora se funden en la Red multimedia y aportan sus especificidades en esta magnífica posibilidad que hoy tienen

los seres humanos de estar conectados, informados y participar en los procesos comunicacionales con los periodistas y otros profesionales y técnicos.

Con todo, en la velocidad de la noticia la radio, los canales electrónicos y, luego, la televisión tienen ventajas indudables sobre todos los medios escritos. De allí que la información sea su objetivo dilecto, sin perjuicio de que todavía los diarios y la revistas puedan permitirse una buena cuota de aporte informativo, sobre todo cuando se trata de un “golpe noticioso”, de una fuente muy exclusiva o de una acertada investigación reporterial. Pero es la interpretación de la noticia y la publicación de opiniones lo que hoy deben privilegiar diarios y revistas.

Ya no tiene sentido informarse con un matutino o un semanario cuando la radio, el internet y la propia televisión despliegan informaciones al minuto o simultáneamente con los hechos noticiosos. De esta forma, los periódicos de papel que mantienen vigencia son aquellos que por la mañana o por la tarde nos traen “masticadas” las noticias ya difundidas por los otros medios, además de aportar aquella cantidad de servicios propios del medio impreso. En este sentido, los diarios y revistas que mantienen vigencia son aquellos que hicieron oportunamente el reciclaje hacia lo interpretativo y la opinión, cuanto fueron capaces de consolidar equipos profesionales solventes para acometer con solvencia y destreza estos géneros. Fortaleciendo, además, sus departamentos de archivo y documentación, lo que es indispensable para el logro de tales intenciones.

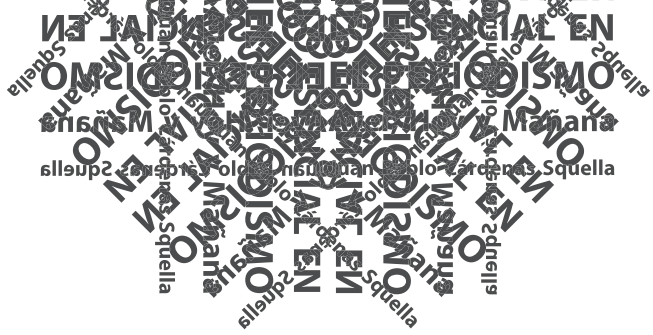
Los medios escritos más eficientes hoy son aquellos que le ponen antecedentes y complementos a la noticia escueta difundida por los medios audiovisuales o electrónicos. Sin embargo, nada impide que la radio, la televisión y los diarios digitales agreguen a sus informaciones espacios de análisis y opinión. En los últimos años el documental concentra el interés de muchos auditores o telespectadores. Este fenómeno es particularmente difundido en las estaciones de radio, cuyas emisiones en línea por la Red han ampliado, hasta universalizado, su recepción e influencia. El concepto de radio tocadisco que emite noticias al instante ha dado paso a estaciones que privilegian la conversación y la participación de toda suerte de analistas. Camino al trabajo, durante su propia jornada laboral y regresando a casa millones de personas en todo el mundo viven apegados a la radios portátiles o de sus automóviles. Curiosamente son los embotellamientos en el tránsito vehicular de las grandes ciudades las que han favorecido a la radio, así como el hecho de que en el trabajo éstas pueden ser escuchadas sin la distracción evidente de la televisión. Gracias al computador, quienes viajan o deben radicar en el extranjero pueden mantenerse conectados con su país y sus medios dilectos.

Con cierta nostalgia, los viejos periodistas lamentan que las nuevas generaciones no mantengan la actitud de los reporteros de antaño, dispuestos a salir a la calle, recurrir a las bibliotecas y a entrevistar a muchas personas para lograr una “exclusiva” o simplemente estar al día con la actualidad. Hoy, es efectivo que la principal fuente son los enormes, casi infinitos, archivos virtuales. En pocos segundos, el internet puede construirnos el



perfil de un personaje, la historia de un conflicto, así como proporcionarnos una multitud de testimonios, entrevistas y publicaciones sobre cualquier tema. Esta posibilidad es ciertamente magnífica y auspiciosa para el periodismo y para las personas que quieren aprender, profundizar y participar en el proceso comunicacional. Una de las posibilidades más fascinantes experimentadas por los diarios electrónicos, blogs, *tweeter* y otros es la interlocución que permiten entre quienes los sostienen y su público, así como entre todos los que se asocian a estas páginas de la ancha banda. Con todo lo que internet puede alimentar y facilitar el trabajo periodístico, es bueno que los jóvenes reporteros entiendan el valor de lo propio, de la conversación cara a cara y acceso directo a aquellos sitios en que se producen los acontecimientos. Desgraciadamente, hoy apreciamos a muchos reporteros que más bien parecen atriles de sus micrófonos o cámaras, dispuestos a registrar sin ninguna interpelación y espíritu crítico lo que sucede o lo que le cuentan. En este aspecto, a todas luces es inconveniente que los medios de comunicación asignen periodistas por frente de información: el palacio presidencial, los ministerios, las sedes de esto y lo otro. Mejor parece que las noticias sean cubiertas por periodistas especializados en política, economía, relaciones internacionales, deporte, cultura, ciencias y las demás manifestaciones del quehacer humano y accedan a todos los frentes vinculados a los distintos ámbitos noticiosos que definen las secciones de cualquier medio. Digámoslo con franqueza: aquellos profesionales que permanecen por mucho tiempo en un mismo lugar tienen mayor riesgo de apoltronarse en su rutina y ser cooptados por los grupos de poder que siempre buscan instrumentalizar al periodismo.

Si la especialización en el periodismo es fundamental, esto de la multimedia paradójicamente le exige a los nuevos periodistas comunicarse eficientemente a través de cualquier plataforma. Manejar el idioma y los recursos sonoros y audiovisuales. Nada es más peligroso hoy que considerarse un periodista de prensa, radio o televisión. Ya advertimos que la línea divisoria entre los medios cada día se hace más tenue. Con el desarrollo de las tecnologías, el periodismo gana oportunidades, pero sigue siendo el mismo en las intenciones y especificidades de estos tres arquetipos comunicacionales, **la información, la interpretación y la opinión**. Asimismo, cualquiera sean las formas de difusión que se desarrollen en el futuro, siempre se requerirá de periodistas conscientes de su misión de servicio público, dignos en su independencia, forjadores de opinión pública y acicates del progreso. De lo que se reitera que su formación e integridad ética son fundamentales.



# LA ENTREVISTA PERIODÍSTICA



Los periodistas somos buenos conversadores y nos obligamos a intercambiar ideas e impresiones donde nos encontremos. Incluso por la radio y la televisión protagonizamos conversaciones muy similares a las que podemos realizar en el *living* de la casa o un restorán. Por la Red hoy se *chatea*, esto es, se conversa y se comparten experiencias. Para nuestras notas periodísticas requerimos siempre hablar y consultar con gente que tiene buena información o explicaciones de lo que sucede. Pero conversar no es lo mismo que entrevistar a alguien con el fin preciso de divulgar lo que piensa o siente. En este sentido, es frecuente que la entrevista se constituya por sí misma en una entrega periodística que, según su contenido, deviene en informativa, interpretativa o de opinión, cuanto en una combinación de estos tres propósitos o arquetipos. Prácticamente todos los medios de comunicación dedican espacios y programas para difundir entrevistas, los que suelen ser muy bien acogidas por los lectores, auditores y telespectadores.

Concebida entonces como un género, y no en una consulta específica para apoyar una nota, la **entrevista periodística una confrontación intelectual entre un comunicador público y**

**otra persona, destinada a obtener información, opiniones y sentimientos en el ánimo de difundirlos y explicarse ciertos acontecimientos o fenómenos.** Esta definición, entonces, nos marca clara diferencia con lo que puede ser una simple y espontánea conversación, aunque se estima que una buena entrevista siempre debe tener los atributos de ésta, es decir, sensibilidad, flexibilidad e imaginación.

Somos mejores o peores entrevistadores de acuerdo a nuestra personalidad y entrenamiento, pero una buena entrevista depende mucho de la calidad de nuestros interlocutores. Lo que está impreso o emitido no tiene porqué ser un reflejo literal de lo que fue esta confrontación intelectual: la entrevista debe resultar atractiva e interesante a nuestros receptores, por lo que el periodista debe adecuarla o editarla con tal propósito. La radio y la televisión toleran mayor espontaneidad, pero en la entrevista que se lee es preciso adecuar la versión textual, a menudo cargada por lo coloquial, las reiteraciones y las características propias del lenguaje oral.

Algo que a menudo fastidia a los periodistas es la necesidad de “corregir” a sus entrevistados, presentarlos mucho mejor de lo que se expresaron y hasta aclararles sus ideas. Por el contrario, hay entrevistados que resultan óptimos para los medios de comunicación por su claridad conceptual, facilidad de palabra y precisión. A menudo encontramos figuras públicas que hablan o responden sabedores de que los periodistas se obligarán a cortarles parte importante de sus respuestas. Son los que “hablan con cuñas”, es decir emitiendo frases y oraciones cortas y

certeras que no requieren tijera ni aclaración posterior, es decir facilitan mucho la construcción de nuestros despachos.

La entrevista es un género muy marcado por el talento del periodista que interroga y expone, por lo que en éstas se acostumbra a identificarlos. En nuestra actividad destacan muchos profesionales que prácticamente dedican su trabajo a producir entrevistas para los distintos medios de comunicación. Las que, en muchas ocasiones, son recogidas en libros de gran impacto. Pensemos, como ejemplo, en las notables entrevistas realizadas por el ensayista húngaro Tibor Mende o, hasta hace poco, por la periodista italiana Oriana Falacci. Un par de eximios entrevistadores que, además de su talento para escudriñar, nos dejaron sentado que los cultores de este género deben tener también muy buena pluma. Tener, asimismo, una sólida cultura, ser intuitivos y, sobre todo, enfrentar con dignidad a sus entrevistados, lo que no siempre se consigue en una cantidad de entrevistas laudatorias, en que el entrevistado sale ampliamente ventajoso de la que debió ser una auténtica “controversia intelectual”. O en aquellos textos en que los periodistas se preocupan en demasía por su figuración personal, afectando lo que es fundamental en una entrevista: captar opiniones y sentimientos de quienes nos resultan interesantes o prominentes. A los nombres de estos dos grandes entrevistadores quisiéramos sumar muchísimos otros, pero valga consignar que el diario español El País reeditó años atrás una notable cantidad de entrevistas publicadas por los más diversos medios escritos de todo el mundo. Un registro de varias décadas de buen periodismo que sin duda recomendamos a quienes buscan especializarse en este género.

De acuerdo a su forma, distinguimos **entrevistas de persona a persona, conferencias de prensa y ruedas de prensa**, advirtiendo que en estas dos últimas modalidades es muy difícil practicar una controversia que no pase más allá de una simple escaramuza intelectual. Por lo general, sólo de las entrevistas interpersonales, ojalá cara a cara, podemos obtener material que justifique un espacio o programa de entrevista.

Asimismo, cuando abordamos directamente a una persona podemos perseguir distintos objetivos: obtener **información** del entrevistado sobre un tema determinado; requerir su opinión sobre un asunto o captar su **pensamiento** o macrovisión sobre muchos temas. El reporteo generalmente se concentra en las dos primeras posibilidades y lo que se obtiene corrientemente será la materia prima de las notas informativas o interpretativas de los reporteros. Sin embargo, cuando se aborda a alguien para inquirirlo más profundamente sobre un tema o un conjunto de materias es que esta entrevista merece un espacio propio en los medios de comunicación. Una indagación que es realizada a personajes de notoriedad (prominencia) puntual o permanente en cualquier ámbito, sirviendo siempre al interés público que surge por conocer lo que piensan, sienten o proponen.

Otra posibilidad que ofrece la entrevista cara a cara es la **de semblanza o perfil**, en las que se persigue develar la biografía, los sentimientos, el entorno, los proyectos y las facetas más íntimas de alguien. Este tipo de esfuerzo da origen a publicaciones o emisiones de alto impacto comunicacional y no



necesitamos abundar en las razones que explican la curiosidad humana por este tipo de registros periodísticos. Creemos útil señalar que estas entrevistas deben enfrentarse con delicadeza y respeto a la integridad de quienes se exponen voluntariamente a ellas, como también considerar los sentimientos y valores de quienes las conocerán.

Es frecuente que el perfil de alguien no se construya sólo con una entrevista sino con un conjunto de indagaciones que el o la periodista hace sobre la persona escogida. Esta investigación frecuentemente se traduce en un reportaje interpretativo construido sobre los comentarios de distintas personas que conocen al indagado, materiales de archivo, otras entrevistas ya realizadas y los más distintos testimonios de amigos, detractores y analistas. La prensa llama sólo “perfil” a estos trabajos que resultan por lo general muy fascinantes y también suelen editarse como libros. Muchas veces ni siquiera estas indagaciones incluyen una entrevista al propio personaje escogido, porque naturalmente hay quienes se resisten a ello o ya es imposible abordarlos. Al respecto, cómo no aludir, como ejemplo, a ese magnífico texto de Jean Savant referido a la vida de Napoleón Bonaparte y que fue construido sobre la base de un conjunto de testimonios de quienes lo conocieron y observaron en distintas circunstancias de su vida. No se trata, por cierto, de una biografía sino de una entrega periodística que puede realizarse por cualquier medio de difusión y que resulta indispensable y exitosa cuando son oportunamente emprendidas y no resultan textos o documentales apologéticos.

En la libertad de estilo que otorga la entrevista periodística es corriente que los tres arquetipos o propósitos del periodismo se satisfagan en una misma entrega. Es perfectamente posible que un entrevistado o entrevistada ofrezca información, interpretación y opiniones y hasta entregue detalles de su vida privada. Todo dependerá del espacio y tiempo que tenga el periodista que los aborda, como de su capacidad de lograr e integrar armónicamente estos propósitos. Desde luego, no existen recetas de cómo presentar las entrevistas. Estamos frente a un género en que la libertad del entrevistador es amplia y conveniente, aunque los medios le dan a estos espacios un formato preconcebido al cual deben ajustarse los entrevistadores.

Es frecuente que las entrevistas se construyan con la secuencia editada de las preguntas y respuestas de tal encuentro, intercambio que comúnmente va precedido de una presentación con una biografía elemental del entrevistado y las razones que se tuvo para requerirlo. En el título, epígrafe y las bajadas generalmente se destaca lo más relevante de tal encuentro. Sin embargo, existen atractivas entrevistas que no consignan diálogo alguno y en que el o la periodista nos presenta un texto o un registro sonoro o audiovisual en que hilvana, textualmente o no, lo que obtuvo en su intercambio intelectual. Además de señalarlos (cuando corresponde) la actitud de su entrevistado y las características del ámbito o entorno en que vive y se desenvuelve. Todo dependerá de los objetivos de la entrevista y de la mayor o menor rigurosidad que exijan los temas o personajes.

Sabemos que la textualidad a veces es una condición de la entrevista, como también la exigencia que se nos hace de guardar archivo de todo lo que se habló en ella. En las restricciones que siempre enfrenta la prensa, y particularmente la afecta en los regímenes autoritarios, se ha llegado al extremo de procesar a los periodistas por las opiniones de sus entrevistados, a objeto de amedrentar o disuadir a los medios de no darle tribuna a quienes “desafían el orden constituido”, eufemismo tan recurrente de quienes detentan y ostentan el poder.

Se nota mucho cuando los periodistas realizan entrevistas sin una adecuada preparación. La insolencia afecta el diálogo y el producto del mismo, cuestión que es todavía más grave cuando se indaga por temas complejos y se aborda a especialistas. La indolencia profesional, en tal sentido, ha dañado muchísimo la confianza de los científicos e intelectuales respecto de los periodistas, por lo que una infinidad de buenos acontecimientos no llegan a hacer noticia o demoran en ser conocidos. Los mejores entrevistadores son los que sorprenden positivamente a sus entrevistados por el nivel de conocimiento que manifiestan frente a su especialidad como sobre ellos mismos. Esto siempre es garantía de una conversación lúcida y con los niveles de controversia que deben demostrar las entrevistas. En este sentido, es en la televisión donde comprobamos los peores despropósitos, cuando se encarga a periodistas desprolijos y sin solvencia la tarea de entrevistar, presentar y comentar noticias con mayor complejidad. Por el contrario, los telespectadores y auditores celebran mucho a aquellos profesionales que entrevistan con

conocimiento de causa, sagacidad, correcta expresión y una adecuada dosis de irreverencia que nunca debe alcanzar los niveles de soberbia o protagonismo.

Dijimos antes que las **conferencias de prensa** son una mala práctica del periodismo. Debemos entender por éstas a aquellas convocatorias que se les hacen a los medios para que envíen periodistas a la exposición de un personaje público o relevante sobre un tema determinado. Quienes gobiernan y las autoridades en general suelen convocarnos para entregar su versión y permitir una discreta sesión de preguntas y aclaraciones únicamente sobre el asunto que quieren difundir. Esta práctica muchas veces concluye con una declaración que es repartida a los reporteros y cuyo contenido resulta ser lo único o fundamental de lo que se plasma después en los medios. Estos eventos facilitan la labor del periodismo, pero frecuentemente lo denigran por la poca o nula posibilidad que tiene la prensa de realizar un enfrentamiento intelectual con quienes dictan la conferencia desde un estrado en una mesa en que con frecuencia se prodigan los refrescos, bizcochos y hasta los regalos que se les hacen a quienes asisten. El *pendrive*, ese archivo portátil que nos ha llegado a ser tan indispensable, ha pasado a integrar la lista de objetos que se les brindan a los periodistas en éstas y otras ocasiones. La anécdota registra el malestar que le produjo a un ministro mexicano que una de las más apreciadas reporteras llegara atrasada al evento. Inquirida por él al respecto, la periodista se excusó su demora en presentarse diciéndole que su viejo Volkswagen escarabajo o “bochito” se negó a arrancar, explicación que resultó muy satisfactoria para todos en una

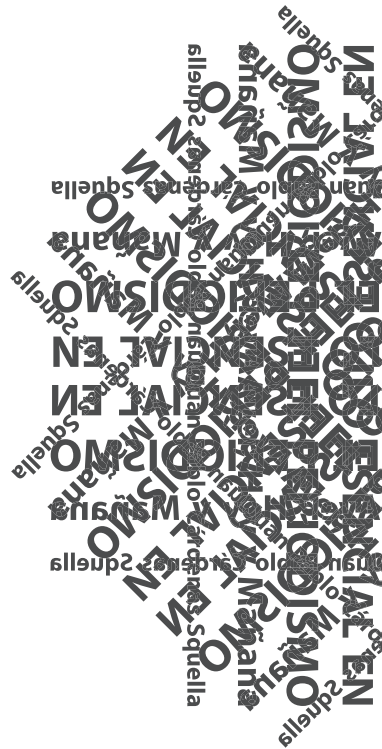
ciudad como el D.F en que un contratiempo de esta naturaleza puede ser muy complicado. Seguro que ruborizado por su impertinencia, ese mismo día el Ministro le remitió a la periodista un auto último modelo a su casa...

Existen medios de comunicación que toman distancia de las conferencias de prensa, simplemente no asisten a ellas o concurren, sin intervenir, para tomar sólo registro visual o sonoro. Es corriente observar cómo los medios más influyentes seducen a tales convocantes a fin de sacarles una entrevista exclusiva previa o posterior a esta cita. Pero la suerte de éstos no es la de esa cantidad de expresiones periodísticas que tienen que concurrir a fuerza a estos caprichosos eventos. De todas maneras, celebraríamos que los reporteros tuvieran el coraje de rebelarse colectiva y solidariamente cuando se les imponen restricciones a su labor de indagación, se le señalan temas prohibidos o son ridiculizados u ofendidos por los convocantes. Muchas veces hemos apreciado a periodistas que incluso tratan de obtener ventaja de aquellos colegas que son discriminados por la autoridad, desconociendo que estos atropellos pueden afectarlos a ellos mismos en el futuro, así como que siempre resienten la dignidad y prestigio de todos los comunicadores. Poco días antes de concluir este libro, un candidato presidencial chileno convocó a una conferencia de prensa en la cual los amanuenses del político le advirtieron a los reporteros abstenerse de formular preguntas sobre un tema concreto, con el resultado de que sólo uno de ellos se retiró de la Conferencia mientras los otros permanecieron impasibles.

**La Rueda de prensa**, en cambio, resulta mucho más interesante y útil como rutina. Ella es convocada por una autoridad o personalidad, así como solicitada por el conjunto de los propios medios de comunicación, siempre en el propósito de abordar a alguien libremente, sin pautas blancas o temas preconcebidos. Presidentes recién electos, visitantes ilustres siempre merecen estas sesiones de preguntas y respuestas debida consideración a que les resulta imposible atender a todos los requerimientos periodísticos. Tales eventos resultan más frescos, espontáneos y novedosos que las conferencias de prensa, aunque difícilmente en ellos se pueda profundizar sobre los diversos temas, aunque muchas veces se trate de sesiones muy extendidas.

A pesar de que algunas veces se advierte a los medios de comunicación que los entrevistados no se referirán a ciertos temas, en la práctica esta censura es difícil de sostener en una amplia convocatoria. Aquí el anecdotario es sabroso, como cuando en Chile Fidel Castro fue fustigado por un periodista por rechazar la intervención norteamericana en el continente, en circunstancia de que él aceptaba la base de Guantánamo en Cuba. Un altercado que se empató ahí mismo con una invitación del líder caribeño al corresponsal a visitar la Isla. Pero serán aquellos zapatazos que casi le dan en la cara al presidente Bush en Irak los que marcarán por mucho tiempo el principal chascarro de una rueda de prensa.

# LA CRÓNICA y LA CRÍTICA







Hemos señalado que la diferencia fundamental entre el periodismo y la literatura radica en que una difunde los acontecimientos de la realidad y la otra trabaja con la ficción. Aunque muchos novelistas y cuentistas se inspiren en lo que sucede y observan, finalmente sus obras son producto más de su imaginación que de lo que registran sus sentidos. Los periodistas debemos difundir lo que vemos y escuchamos, aunque muchas veces las diferencias entre lo que es y lo que imaginamos sea muy difícil de distinguir y separar. Basta escuchar las versiones de dos o más personas sobre un hecho que también hemos presenciado para constatar cuánto cambia de una boca a la otra, sin que en ello muchas veces haya la más mínima intención de alterar la realidad. En este sentido, a la crónica hay que agregarle el adjetivo calificativo de “periodística” para distinguirla de textos literarios que pueden resultar idénticos, cuando no se sabe que en ellos predomina la ficción sobre lo real. Para colmo, Gabriel García Márquez ha sentenciado que la “realidad supera la ficción” con lo que quiere decirnos que al menos en algunos lugares de la tierra lo que sucede es tan extraño o raro que su relato nos parece inverosímil.

Hemos señalado que el periodismo ha ejercido una valiosa influencia en los narradores literarios. Que su estilo **claro, preciso y sencillo** hoy es emulado por éstos, con lo que logran universalizar sus creaciones y hacerse mucho más amenos en su lectura. Pero también la belleza narrativa de los escritores es tomada por los periodistas para asumir un estilo creativo y personal. De esta forma, en la crónica periodística, así como antes la entrevista, es imperativo señalar el nombre de sus autores. Digamos, además, que con todos los cambios experimentados por el periodismo, este género mantiene completa vigencia e, incluso, es considerado por las radios y los medios electrónicos como espacios dilectos por su concisión e identificación con sus realizadores. En la televisión es también creciente el trabajo de los cronistas vinculados a los noticiarios y programas especiales, aunque algunas de estas emisiones más parezcan reportajes, los que muchas veces se parecen también a las crónicas, aunque éstas últimas deben ser más acotadas a un tema y un espacio más bien discreto.

Por su etimología, crónica viene de *kronos*, tiempo, pero lo único que esto importa en que se origen este género estaba afinado a lo que sucedía realmente y a la secuencia que los escritos seguían en el relato de los acontecimientos. Pensemos, por ejemplo, en las crónicas sobre los viajes de aquellos navegantes que dieron vuelta la Tierra, como en otras tantas expresiones que todavía ordenan la información cronológicamente. Pero en la necesidad de entregar una definición precisa, **la crónica periodística es un relato enjuiciado de un acontecimiento.**

Un género híbrido que no se circunscribe a los arquetipos del periodismo informativo, interpretativo o de opinión, pues justamente puede trabajar indistintamente con uno o más de estos modelos. Por supuesto que sin perder de vista que estos acontecimientos deben tener siempre actualidad e interés público. En una buena crónica periodística el relato “enjuiciado” jamás debe llevarnos a opinar en forma explícita o “editorializar”, como lo advierte autores como el profesor Martínez Albertos, quien aboga porque la información predomine en este género.

La crónica ejerce el más libre de los estilos. En el periodismo escrito, se compone generalmente de un título sencillo y un cuerpo frecuentemente breve. A veces también contiene fotografías u otras ilustraciones. La titulación suele ser muy precisa y algo sugestiva más que informativa. A veces apenas hace referencia al tema que trata. Sin embargo, al exigirse un buen estilo y referirse a un asunto que se le quiere dar significación, es propio que su destinatario sea más selecto. Existe la tentación de hacer pasar crónicas por columnas o viceversa. Aunque en su estilo narrativo ambas también son muy similares, la diferencia entre una y otra es que la columna privilegia la opinión, mientras que la crónica es la información el principal cometido.

Según su contenido, se pueden distinguir distintas modalidades de crónicas, siendo las más corrientes **la de acontecimiento, de lugar, de semblanza y de viajes**. Muchas veces resulta mucho mejor una crónica sobre un evento que su simple información. Por algo los medios de comunicación privilegian que ciertos acontecimientos sean cubiertos por cronistas.

Así lo hacía la revista argentina El Gráfico, cuyas magníficas crónicas sobre los partidos de fútbol le ponían color y sabor a estas contiendas y eran esperadas por ansia por sus dilectos lectores. Lo mismo ocurre con eventos artísticos y hasta con las sesiones legislativas que, por sus imprevisibles, suelen dar material propicio más para una crónica que para una nota meramente informativa. Ciertas ciudades, plazas, monumentos y barrios han inspirado múltiples y sensibles crónicas; lo mismo que ocurre con el perfil o semblanza que se puede hacer de personas y personalidades. Aunque aquí hay que tener la prevención de relatar enjuiciadamente para que no parezca una fría biografía. Asimismo, la mejor forma de dar cuenta de los viajes es valiéndose de una crónica. Es frecuente que hasta los corresponsales extranjeros maticen sus acotados reportes con crónicas más extensas y sensibles sobre lo que observan en el extranjero. Hasta en las guerras o cataclismos.

Un buen cronista requiere de una sensibilidad especial y generalmente de un **compromiso con una idea o sentimiento**. Es preciso conmoverse frente a lo que vemos o nos enteramos para realizar una buena crónica, es decir que logre también impactar a quienes nos leen y escuchan.

Hay que tener además **intuición**, aquella capacidad de ver lo que otros no perciben o sólo descubren con más dificultad. Los cronistas, a menudo, son personas nerviosas y acuciantes, pero deben tener una **disciplina de inspiración**, procurarse espacios apropiados para la meditación. Su capacidad de emoción, sin embargo, debe estar controlada por **el pudor**, con la obligación

de involucrarse lo menos posible con las situaciones que aborda. Nada peor que la autorreferencia y la pedantería al respecto, a pesar de que hay crónicas que admiten relatos en primera persona. Agreguemos, también, que sus cultores deben ser personas bien instruidas para pensar y expresarse con fluidez. Algunos autores nos señalan que en cada cronista hay un periodista, un filósofo, un historiador, un humorista y un humanista. Pero, por sobre todo, un cronista debe ser **original**. Para ello es necesario imprimirle sello propio al relato de los distintos acontecimientos. Necesitamos distinguirnos por lo que transmitimos y también por la forma en que nos comunicamos. Para ello requerimos el don de la independencia. Libertad de conciencia.

En el oficio de escribir crónicas es necesario demostrar **tenacidad** para leer y escuchar a otros, redactar y expresarnos hasta lograr expedición en el uso del lenguaje. Un don que se adquiere sobre todo en el esfuerzo sistemático y en un tiempo prolongado.

## La Crítica

Todos los seres humanos somos partícipes de la creación. No sólo observamos las maravillas del universo, del mundo y de la naturaleza sino participamos, para bien y para mal, en su transformación. En la actualidad ya no sólo nos maravillamos de lo que existe antes que nosotros sino también de lo que hemos creado. Ciudades, grandes obras de ingeniería y fabulosos inventos que nos facilitan y complican la existencia. Pero es en la

creación artística donde podemos descubrir mejor el legado de las generaciones que nos precedieron, así como es en ellas donde mejor nos perpetuaremos. Con la arquitectura, la escritura, la música, la danza y las artes plásticas dejamos testimonio de nuestro talento, acervo cultural y amor por la belleza. Todos los días nacen creadores y artistas que se manifiestan cualquiera sean las restricciones que enfrenten. Pinturas rupestres, novelas escritas en el rigor carcelario, sinfonías que le cantan al nuevo mundo, cada civilización con su ritmo, sus mitos, creencias y leyendas que debemos reconocer para saber de nuestro pasado, manifestar nuestro presente y abrirnos sin remilgos al provenir.

Es propio que vivamos abrumados por la cantidad de libros y películas que nunca conoceremos, ciudades y pueblos que jamás visitaremos, como una inmensa y creciente cantidad de obras musicales, de la pintura, la poesía y escultura que no llegarán al disfrute de nuestros sentidos o siquiera a nuestro conocimiento. Adelantos tecnológicos que podrían facilitar-nos esta tarea y que muchas veces nos obnubilan y distraen de lo más bello, como la propia televisión y el internet cuando no son percibidos como instrumentos de instrucción y formación pública.

Martín Vivaldi nos define la crítica como **una reseña valorativa de una obra humana**. Una labor que cumplen todos los medios de comunicación y que supone una gran cantidad de cultores como multifacética que es la creación intelectual y artística. Los lectores, los auditores y los telespectadores están acostumbrados a que desde los diarios, radios, canales se les

oriente respecto de qué leer, qué escuchar, que ver en el cine y en la propia pantalla de la TV. Esta tarea es realizada por muchos especialistas que provienen del propio ámbito de la creación y que se han formado en sus distintas disciplinas o bien son autodidactas. Sin embargo, la crítica literaria hecha por un propio escritor o una película sancionada por un director de cine corre el riesgo de contener sesgos que, más que orientar, pueden confundir a sus receptores. La misma suerte que corren los comentarios políticos de parte de los dirigentes partidarios o el fútbol de parte de los hinchas o porristas más activos.

Es preciso, entonces, que los medios cuenten con periodistas que se especialicen como críticos y que cumplan fielmente con las demandas que nos hace la ética profesional, de forma que en sus comentarios ejerzan la información, la interpretación y la opinión sin otra intención que orientar a la opinión pública. Formar criterios y fomentar actitudes. De esta forma, la crítica **ha de responder al criterio del autor** y ojalá nunca quedar a merced del impresionismo o humor de éste. Asimismo, **debe ser fundamentalmente positiva**, reconocer los valores de cada obra comentada y, por contraste, señalar sus aspectos negativos. Siempre, además, la crítica **debe procurar la ecuanimidad y el respeto hacia los autores** de las obras comentadas.

No hay razón alguna en poner énfasis en lo negativo, así como procurarse obras de creadores susceptibles de denostar. Es tan amplia la creación humana que más vale ignorar aquellas creaciones que nos merecen serios reparos antes que descalificarlas.

La excepción sólo debe estar dada por aquellas obras que se hace ineludible comentar por la prominencia de sus creadores. Es imposible para el periodismo, por ejemplo, obviar un libro de un premio Nobel, un filme recién premiado, aunque su galardón parezca injusto. Es conveniente, también, que los críticos se concentren en las obras y sólo referencialmente aludan a sus autores. En esto que parece tan elemental sin embargo constantemente apreciamos despropósitos de críticos que demuestran animadversión a ciertos creadores.

La crítica es seguida por distintos destinatarios lo que es bueno tener en cuenta al momento de ejercer este trabajo. Desde luego leen o escuchan estos comentarios **personas que no conocen la obra** y que por ella se motivan a asistir algún concierto, adquirir un libro o visitar una exposición. Luego tenemos a **quienes ya conocen la obra** pero quieren contrastar sus impresiones con las de un crítico o especialista. Enseguida están **aquellas personas que en ningún caso se enfrentarán a las obras** y que sólo siguen la crítica para estar informados de los que pasa. Finalmente tenemos un público que, aunque busca una orientación general, lo que más los anima es la crítica misma, la forma en que el analista realiza su oficio. Así como hay oradores que encantan sólo por su verbo y correcta forma de expresarse.

El crítico necesita ser reconocido por su solvencia. De allí que la especialidad que asuman es indispensable, a pesar de la pasión por algunas de las manifestaciones del arte y la cultura no puede excluirlos del interés por otras. Los estilos y tendencias en el arte tienen correlato en la literatura, la música, las artes



visuales y escénicas y tienen estrecha relación con la historia, la sociología, la ciencia y la tecnología. Con el pensamiento, la filosofía y la fe de cada pueblo y civilización.

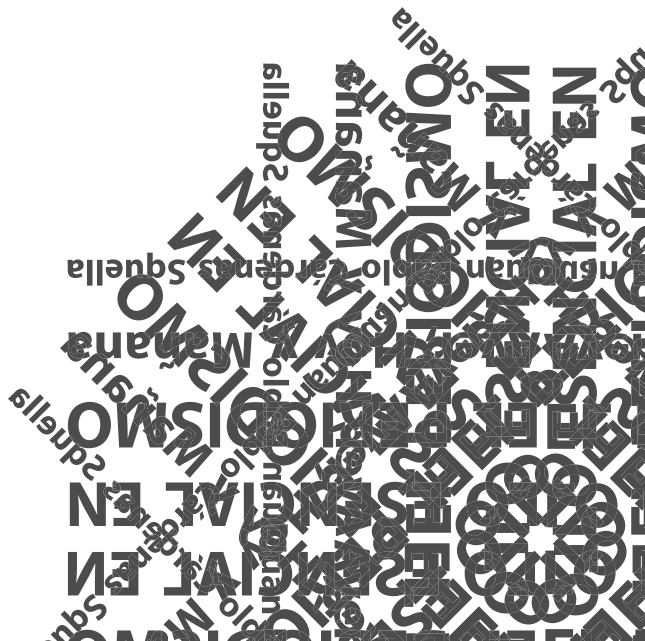
En general, producen desconfianza los cinéfilos que no leen o viceversa. Aquellos que se interesan sólo por un género musical y desprecian los otros. Para mayor abundamiento, el arte y la cultura se vinculan también al medio ambiente y a la vida en general. Especialmente, los críticos que son periodistas deben estar permanente vinculados con la actualidad, con los temas y conflictos vigentes y de interés público o permanente y de las cuales dan cuenta constante el arte y las creaciones humanas. De allí que ciertas obras se constituyan en clásicas y obras como las de Cervantes, Shakespeare, Dostoievski o Da Vinci, Miguel Ángel o Picasso serán valoradas por muchas generaciones. Las mejores críticas no se acotan al comentario específico de una obra, sino aquellas que nos vinculan las distintas manifestaciones artísticas y nos refieren a nuestra realidad y preocupaciones. Cuántas veces los propios creadores no tienen mayor conciencia de lo que han creado y son los críticos los que nos hacen ver el valor y trascendencia de sus obras. Como ocurre con las gigantes interpretaciones que hemos conocido del Cristo de Dalí, de los murales de Orozco o de las películas de Bergman. La ópera y el cine son colosales justamente por combinar tantos géneros distintos como lo son la armonía musical, la letra, la imagen y el talento de los creadores e intérpretes.

En Chile por largos años ejerció como crítico del diario El Mercurio un destacado sacerdote católico quien se ganó un

amplio prestigio pese al rechazo que a muchos causaban sus concepciones religiosas, su militancia en el Opus Dei y ciertas posiciones sobre la contingencia. Sin embargo en el espacio literario de Ignacio Valente era difícil apreciar algún sesgo o sectarismo cuando analizaba las obras de escritores comunistas o de otras concepciones distintas a las suyas. Pocas veces se puede haber leído una crítica más elogiosa y conmovedora del *Gracias a la Vida* de Violeta Parra, al mismo tiempo que fustigaba las obras desafortunadas de algunos escritores considerados *best sellers*. Pues bien, cuando el sacerdote quería hablar por su condición y valores firmaba por su nombre real, José Miguel Ibáñez, y no con su seudónimo consagrado en la crítica literaria. Ello atestiguaba su compromiso con la ética.

Definitivamente, el valor más apreciable de los comunicadores sociales que, en el caso de los críticos, deben tener muy presente la necesidad de informar, orientar y educar.

# EL PERIODISMO DE LOS OTROS





Los medios de comunicación no se agotan en el trabajo periodístico. Nosotros apenas somos parte de un esfuerzo de muchos otros redactores, gráficos, sonidistas, camarógrafos y técnicos de muy distintas especializaciones y oficios. En lo que tenemos que ver mucho es en la edición, redacción y difusión de noticias, cuya cobertura varía de un medio a otro. Poco o nada intervenimos en páginas y secciones enteras de los diarios y revistas; menos, todavía en esas largas horas que la radio y la televisión dedican a la música, a los llamados culebrones y otro tipo de realizaciones. Tenemos que ver con el documental, pero muy poco o nada con el cine y por el internet nuestro ámbito de acción está todavía más acotado.

Ni siquiera con la información jugamos un papel tan decisivo. El llamado “periodismo ciudadano” ha irrumpido con su presencia en las radios, la propia TV y, sobre todo, en la Red. Antes que los reporteros lleguen a cubrir un acontecimiento, éste muchas veces ha sido registrado y comunicado por un transeúnte cualquiera. Hasta en los más importantes eventos mundiales se suele advertirle a los presentes que deben abstenerse de usar sus

teléfonos celulares y otros para mantener la privacidad de ciertos encuentros, dado que hasta los diplomáticos quieren golpear ahora con una imagen o infidencia verbal. Sabemos, asimismo, que todo el mundo está cercado por cámaras y grabadoras, cuanto que una multitud de personas comunes y corrientes pueden registrar los movimientos y comentarios privados de los políticos, la gente del espectáculo y de quienes quieran. Hasta existen periodistas que desnaturalizan su función y debilitan la confianza pública en ellos cuando se valen de grabadoras o cámaras ocultas, por ejemplo, para sorprender a las autoridades y vulnerar, en muchos casos, su cometido ético.

La posibilidad de que un acontecimiento permanezca inadvertido es cada vez más imposible. En pocos segundos, muchos registros llegan a *Youtube* u otras páginas virtuales en que no existe control alguno sobre lo que se difunde, por lo que a diario vulneran los derechos humanos. Si el Internet hubiera existido durante los últimos regímenes represivos, estamos ciertos que los pueblos afectados habrían reaccionado antes frente al horror y la mentira oficial. Es a todas luces saludable que la comunicación social sea crecientemente una tarea de todos y que millones de espontáneos reporteros colaboren con la demanda mundial de información, rompiendo todas las mordazas que aún imperan hasta en las más sólidas democracias. Será preciso que los países legislen para asumir la irrupción de tal fenómeno comunicacional y poner algunas limitaciones y sanciones a los excesos que naturalmente se cometen cuando cualquiera se hace comunicador e incluso puede esconderse en el anonimato. Si es que todavía existieran formas para hacerse invisible en el mundo de hoy.

La libertad de expresión es para todos y la libertad de prensa es la de los medios de comunicación. Los periodistas no gozamos de derechos que otros carecen, aunque sí tenemos deberes que a otros no tiene porqué imponérseles. La diferencia está en que nosotros tenemos el privilegio de la participación constante en los medios y nuestra formación y exhibición pública nos imponen mayor responsabilidad. La autoridad y el prestigio de un periodista deben nacer de su credibilidad, independencia, honestidad y de su compromiso explícito con una vocación de servicio público, cuya misión, como ya lo dijimos, es colaborar a la tarea humana de comprender y transformar el mundo.

En este sentido, el periodismo ciudadano debe ser visto como un aliado en nuestra tarea, así como un estímulo a la necesidad de ponerle “valor agregado” a la información. A mayor volumen de noticias, mayor requerimiento de interpretación, más profundización y análisis de lo que sucede, así como la necesidad ineludible de especializarnos más. Es decir, un verdadero desafío para los periodistas. En ningún caso nuestros órganos de prensa e instituciones gremiales y sindicales deben oponerse al desarrollo de otros medios de expresión masivos o acotados como la radio y TV comunitarias o el libre acceso a internet. Asimismo, el paso de los sistemas analógicos a los digitales debemos saludarlos como una gran oportunidad para democratizar las comunicaciones. Debemos defender los derechos de los otros, para poder reclamar nuestra libertad y dignidad. Por lo mismo, no podemos aceptar fundamento alguno en que las autoridades conserven los privilegios para el uso del espectro radioeléctrico. Lo que deben hacer los estados es garantizar el

más amplio acceso al mismo, así como fiscalizar su uso para que no se produzcan interferencias ilegítimas que afecten el derecho de los más débiles.

Como ha ocurrido desde los primeros periódicos, seguiremos compartiendo oficio con columnistas y analistas de diversa formación profesional o especialidad y si éstos han venido desplazándonos en algunas actividades es porque las escuelas de periodismo no han sido capaces de reorientar sus programas curriculares a favor de la formación integral, como de la especialización en periodismo. En darles herramientas intelectuales a los nuevos periodistas tanto y más que capacitación técnica. El campo ocupacional requiere de analistas, críticos de arte y hasta de sólidos periodistas deportivos que las escuelas ya no forman, acotadas como están a la preparación de tecnócratas de la información con un ligero barniz cultural y apenas unas pinceladas de formación y criterio ético.

La formación deficitaria de muchos periodistas no es sólo responsabilidad de las escuelas. Según sea la condición de cada país, quienes ingresan a las universidades para obtener una licenciatura muchas veces vienen con escuálidos conocimientos y aptitudes. Generaciones nuevas con poco apego a la lectura y que, de acuerdo a su nivel socioeconómico, prácticamente no han tenido acceso al computador y tampoco a las actividades extra programáticas todavía tan acotadas a la educación privada y pagada.



En esto de que el periodismo es una actitud, una forma de ser, nuestra invocación final a las nuevas generaciones es a mantener el espíritu de los maestros del periodismo. Esto es, a demostrar avidez por el conocimiento, rigurosidad en nuestras investigaciones, responsabilidad al momento de difundir lo que conocemos antes que los otros o gracias a los otros que ahora alimentan y enriquecen la comunicación social y la actividad de nuestros medios. Nuestra ventaja debe estar en la formación general, todavía más que en la especialización. Aunque los estudios de post grado resultan cada vez más necesarios para desenvolverse con solidez y prestancia en al ejercicio profesional. Pero los conocimientos y el criterio no se obtienen en el breve paso por la universidad, sino en el largo trayecto por la vida, los libros, la observación acuciosa de la realidad, en el ir y venir cotidiano. En la fatiga de un apostolado que no sabe de recesos, límites geográficos o distancias culturales. En la pasión y forma de ser que tenemos los periodistas y que, nos guste o no, nos hace distintos.

Asumiendo además que debemos hacer las noticias.  
Ojalá nunca convirtirnos en ellas.



# Títulos Publicados

## **Bajo el Agua**

Juan Pablo Cárdenas Squella

## **Luz, Cámara, Transición.**

**El rollo del cine chileno de 1993 a 2003**

Antonella Estévez B.

## **Relatos y Crónicas para no Olvidar**

Roberto Hernández P.

## **Diccionario Científico (Aumentado y Corregido)**

Sergio Prenafeta

## **Chile de Baquelita.**

**Cuando el éxito le ganó a la Felicidad**

Wilson Tapia V.

## **En Torno a las Artes**

Margarita Schultz

## **Buscando el Bello Sino**

Sergio Jara Díaz (Argos Jeria)

## **El Periodismo Comprometido**

Juan Pablo Cárdenas Squella

## **Su Primer Desnudo**

José Rodríguez Elizondo

## **Crónicas para los Días de Lluvia**

Mario Valdovinos

## **Violeta Parra: la Vida Intranquila**

Fernando Sáez

## **Con los Ojos en los 60**

Sergio Jara Díaz (Argos Jeria)

**Modelos Imaginarios**  
**Acerca de la Enunciación Artística**  
Margarita Schultz

**Crónicas para Incomodar**  
Juan Pablo Cárdenas Squella

**El Mayo de los Pingüinos**  
Andrea Domedel y Macarena Peña y Lillo

**Medio Ambiente, Empresa y Globalización**  
Luís Eduardo Thayer Morel

**José Carrasco. Asesinato de un Periodista**  
Patricia Collyer y María José Luque

**Espera Larga, Crónicas de un Actor**  
Nissim Sharim

**Vuelan las Plumas.**  
**Conversaciones con Escritores y Artistas**  
**en el Metro de Santiago**  
Vivian Lavín

**Chile me Quita el Sueño**  
Alex Acosta Malvenda

**Lenguaje y Poder en la Sociedad del Conocimiento.**  
**El Paradigma del Caleidoscopio**  
Roberto Meza A.

**Habla Ávila. Manifestaciones en Tribunas**  
Nelson Ávila



